

AE
& I




FERNANDO AMPUERO JAMÁS EN LA VIDA

Fernando Ampuero



Jamás en la vida

 Planeta

De esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, no puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

Jamás en la vida

©2019, Fernando Ampuero

© 2019, Editorial Planeta Perú S.A.

Av. Juan de Aliaga 425, of. 704 - Magdalena del Mar. Lima-Perú

www.planetadelibros.com.pe

Primera edición digital: Junio 2019

ISBN: 978-612-4431-30-2

Libro electrónico disponible en www.libranda.com

NOTA PRELIMINAR

Cuanto más breve el cuento, mayor resulta su eficacia. Así opinan algunos estudiosos de este género literario, aunque tal criterio de brevedad sea relativo. Un cuento de treinta páginas puede parecernos tan conciso como otro de dos. Y si el lector pasa al extremo opuesto, encuentra igualmente cuentos de escasa extensión que colman sus expectativas; es decir, descubre ahí la inesperada densidad que destila una historia vasta y redonda.

Mis libros de cuentos, por lo general, han optado por los textos largos e incluso las nouvelles. Sin embargo, en esta ocasión, la idea primordial ha sido reunir textos de una tendencia menos dilatada: cuentos cortos y cortísimos para ser leídos, cronómetro en mano, en un rango de dos a diez minutos en promedio.

Los cuentos, ya se sabe, invitan a atisbar pequeños universos. Cada uno refleja una conjunción de drama, juego y humor que, con suerte, nos mueve a reflexión o, a lo sumo, a enarcar una ceja, efecto que no es menos importante. Los cuentos nos abren a la luz y las tinieblas. Este libro reúne trece cuentos inéditos, pero a ellos, en razón de su brevedad, he agregado otros dos —uno ligeramente remozado—, publicados en revistas y recopilaciones.

Quince cuentos forman este volumen, quince ventanas abiertas.

(F. A.)

*¿Y cómo podría ayudarte
si no sé curar la felicidad?*

ANNA AJMÁTOVA

ECLIPSE SIN FIN

Nora regresó a su casa a las dos de la madrugada. Llegó a toda prisa con el semblante desencajado, y, al entrar en el dormitorio a oscuras, tropezó, metió un ruido del demonio y despertó a su marido.

—Eh —murmuró él.

—¡Qué te pasa! —gruñó ella, desafiante.

Darío, despeinado, soñoliento, encendió la lamparita de su velador y observó que ella tenía los ojos rojos, con un brillo vidrioso, como si hubiera discutido y llorado por varias horas. Aquella rabia la conocía bien.

—¡Qué te pasa a ti! —rebató.

—¡Lo de siempre! ¡Que estoy harta de estúpidos! ¡Pero esta vez me ha tocado el más estúpido de todos! ¡Y me las va a pagar!

—¿Otra pelea? —preguntó tontamente.

—Otra, sí. Y eso me pasa porque estoy con un huevón.

Darío puntualizó:

—Estás con muchos huevones.

—Así es. Contigo, por ejemplo.

—Escucha, Nora —dijo Darío. Ella paseaba de un lado a otro del dormitorio—. ¡No me traigas tus líos a la casa!

—¡Traigo lo que me da la gana!

—¡Pero esto es realmente un exceso!

—¡Y me lo dices tú, mujeriego de mierda!

Él, por cierto, no podía acusar a nadie de cometer excesos, considerando que en los últimos años se había comportado asimismo como una persona excesiva. Pero esa noche no. Esa noche estaba en pijama y reposando tranquilo en su cama, como debía de ser; es decir, estaba al otro lado de la cancha.

—¡Me las va a pagar! —repitió Nora, más exaltada aún, y enseguida abrió el cajón de su velador.

Sacó un frasco de pastillas y quitó bruscamente la tapa.

—¿Qué haces? —preguntó Darío.

Nora ni lo miró cuando se llevó el frasco a la boca y empezó a tragar pastillas, ayudándose con un vaso de agua. Eran las últimas pastillas que le habían recetado, la panacea contra el insomnio, y que, según decían, podían hacer dormir a los caballos.

—¡Qué demonios haces! —enfureció Darío al ver que ella se ponía de espaldas para tragar más pastillas con rápidos sorbos.

—Voy a dormir —dijo ella.

—¿Cuántas pastillas has tomado?

—Unas cuantas.

—Con una o dos es más que suficiente.

—Para mí no.

Darío dudó. A Nora le gustaba dramatizar, pero a veces hacía locuras. Levantándose de un salto, dejó la cama y corrió para arrebatarse el frasco. Ya era inútil; el frasco estaba vacío.

—¿Cuántas pastillas había aquí?

Nora bajó la cabeza y rompió a llorar.

—Más de treinta —lloriqueó.

—Entonces te vas a morir.

—Sí... Eso es lo que quiero.

—Vamos, anda al baño y vomita. Métete un dedo a la boca.

Ella no se movió. Él la llevó hasta el wáter y le ordenó que vomitara. Nora lo intentó, pero apenas conseguía escupir.

—¡Putra madre! —gritó Darío, alzando los brazos—. ¡Qué manera de joderme la vida!... ¡Me voy a vestir!

—¿Para qué?

—Nos vamos a emergencia, a la Clínica Americana.

Diez minutos después, bajaron al garaje del edificio y subieron al auto. La clínica se encontraba a pocas cuadras. Durante el corto viaje, ella no habló nada; ya se sentía mareada.

Sentado en una banca para los familiares, Darío esperaba las noticias del médico de turno que atendía a Nora. Era una noche fría, con poca gente, y en el reloj de pared de la sala de espera vio que eran las 2:40 a. m. Veinte minutos antes, tras haber ingresado a su mujer en la clínica, debió explicarle al médico la situación.

—Por un descuido, doctor —dijo con incomodidad—, ella ha tomado más pastillas para dormir de las necesarias.

El médico preguntó:

—¿Cuántas?

—Treinta, o quizá más.

—Un gran descuido —farfulló el médico.

Darío tuvo que firmar un papel que autorizaba la succión de un lavado gástrico. Nora no requirió de un sedante cuando le aplicaron la sonda que pasó por la faringe y el esófago hasta llegar al estómago. Ya estaba bastante adormecida.

Cuando terminaron de aspirar en su estómago, la dejaron descansar. El médico salió con una sonrisa tranquilizadora.

—Se pondrá bien —dijo quedamente—. Pero su mujer necesita descansar. Se la podría llevar a casa en una hora, o puede pasar mañana a las ocho de la mañana a recogerla. Usted decide.

—Que se quede —replicó Darío.

Tras agradecer y pagar los gastos del servicio, subió al auto y enrumbó a su departamento. Mientras conducía, decidió que, al llegar, debía poner el despertador a las 7:15 a. m. Eso, al día siguiente, le daría tiempo para bañarse, vestirse y desayunar. A la clínica, para traer a Nora, llegaría en cinco minutos. También rumió que ella, si realmente quería suicidarse, debía haberlo hecho en la casa de su amante, no en la de su marido, a quien no correspondía la culpa.

«¿Por qué no lo hizo allá?», se preguntó. «¿Acaso porque no tenía las pastillas a la mano? ¿O era que quería matar a dos pájaros de un solo tiro?».

Nora solía enumerar cada una de las infidelidades de Darío como si todas hubiesen sucedido ayer. Él, por su parte, prefería ignorar la identidad de los amantes de su mujer. En cuanto a la riña de aquella noche, no tenía idea respecto al motivo, aunque suponía que esta se habría desencadenado por alguna arbitrariedad de Nora. El carácter de ella, según Darío, constituía justa causal para la misoginia.

Fatigado, Darío sacudió la cabeza. «¡Esto es un desastre!», hervía su pensamiento, a cada momento más agobiado por el fastidio. «¡Un arreglo que no da para más!».

Nora y él seguían juntos sin siquiera saber por qué. Decían que lo hacían por Anita, la niña que ellos habían traído al mundo y que querían criar, pero tal vez fuera tan solo por pereza, su excusa más frecuente, o por sus malditos intereses idiotas.

Ambos lo tenían claro. Se aguantaban el uno al otro con gran estoicismo, y sobrellevaban la farsa lo mejor posible. Ella tenía amoríos, y él, un trabajo absorbente que, en materia de tiempo, rivalizaba de igual a igual con el sexo; sin embargo, no conseguía una pareja duradera, como anhelaba. Ninguna mujer soporta mucho tiempo a un tipo que no se divorcie y que ande en un enloquecido trabajo del cual jamás habla; y menos aún si, para colmo, no logra organizar su tiempo libre. Las citas que hacía con sus novias de ocasión eran susceptibles de súbitos

aplazamientos. Hasta salir al cine o ir a una cena con amigos eran problemas que demandaban una rigurosa logística.

—¡Esta noche te pasaste de la raya, Nora! —dijo, irritado, con las manos aferradas al timón—. ¡Y realmente me jodiste! Cuando mañana salgas de la clínica, hablaremos... Necesitamos fijar otra regla de juego. No me opongo al suicidio, pero si en adelante quieres matarte, hazlo en cualquier otro lugar, menos en la casa. ¡Fue una suerte que anoche Anita no durmiera aquí, porque se quedó a estudiar donde una amiga! ¡Pero imagina qué hubiera sucedido de haber estado! ¡Imagínalo, carajo!

Darío entró al departamento y lo notó más solitario que nunca. Encendió una lámpara de la sala y caminó unos pasos, ya más tranquilo. Se le había ido el sueño. Así que se dirigió al bar y se sirvió un whisky. No había hielo en la refri, pero sí agua fría; y se echó un chorrito. Luego regresó a la sala y salió al amplio balcón que daba al parque enfrente de su edificio. Miró las cercanas copas de los árboles y las lejanas luces de la ciudad. Y otra vez le aguijoneó el latido de la soledad, pero esta vez, en tanto bebía su whisky, la sintió tolerable. Se sentía solo... en libertad.

Como no había nadie en el piso, se le ocurrió poner música. Iba a poner algo de Vivaldi, que vio encima de la pila de discos, o quizá de jazz, pero de pronto encontró un viejo disco de Armando Manzanero, aquellas baladas con alma de bolero.

Y unos instantes después, Darío comenzó a cantar en el balcón. Cantaba bajito, casi musitando, y con gran dulzura.

—*Contigo aprendí / que existen nuevas y mejores emociones / contigo aprendí / un mundo nuevo de ilusiones...*

No, no pensaba en Nora. Recordaba a Melissa, la chica con la que había salido hacía tres días y a la que quería ver de nuevo.

Siguió cantando hasta el principio de una segunda canción, igual de melosa y romántica, pero de repente sonó un teléfono.

No era el teléfono de la casa. Era un teléfono celular y, como tenía su celular en el bolsillo del saco, advirtió que tampoco se trataba del suyo. Aquel celular sonaba en la consola del vestíbulo, junto a la puerta principal del departamento.

Miró su reloj de pulsera y vio que habían dado las 4 a. m.

Mala hora para hacer llamadas, se dijo, y además, tras oír mejor el sonido del timbre, reconoció que era el celular de Nora.

Apagó la música y caminó hacia allá.

—Aló... Aló —contestó—. ¿Quién llama?

Hubo un silencio.

—Aló... Aló... ¿Con quién quiere hablar?

—Con... con Nora, por favor —se escuchó una voz varonil, aunque en una tesitura entrecortada.

Darío tuvo entonces varias ideas que irrumpieron en su mente como relámpagos de certidumbres. En primer lugar, sabía quién era el que hablaba nervioso al otro lado del hilo: el amante de Nora. Y también sabía, o mejor dicho lo supo desde el segundo siguiente de haber oído aquella voz vacilante, que Nora, como castigo, había amenazado a ese pobre tipo con quitarse la vida.

De manera que si Darío informaba en ese momento que su mujer estaba mal de salud y se encontraba en una clínica, le haría el juego a Nora. Y su amante, desde luego, se sentiría miserable.

Eso era lo que ella quería. Pero Darío lo podía impedir de inmediato. Ella no merecía ser la heroína de aquel dramón.

—No sé quién la llama a esta hora —dijo Darío, pausado, en un tono grave—, pero Nora está durmiendo profundamente. Y no la pienso despertar.

Hubo un nuevo silencio y luego la voz dijo:

—¿Está seguro de que duerme?

—¿Qué dice?

—Le pregunto si ella respira bien en su sueño.

Darío se tomó tres segundos antes de contestar.

—Sí —dijo—. Respira muy bien... e incluso sonríe. Debe de estar soñando con algo agradable... Pero, disculpe, ¿quién es usted?

Colgaron. Y en ese silencio, y con la finalidad de terminar su whisky, Darío se dirigió al balcón dando pasitos de baile.

DOS HERMANAS EN BIKINI

Los reencuentros fraternales se habían espaciado porque Cristina vivía en el extranjero y, además, las complicaciones de su matrimonio y el colegio de los niños le impedían regresar al Perú. Tan solo se aparecía en Lima por las Navidades, en la casa materna, cuando sus hermanos pactaban ineludibles reuniones anuales a las que concurrían con su descendencia completa. Pero un año, Leticia, su querida hermana, fue la única ausente. Ella, quien en su infancia había compartido el dormitorio con Cristina —y por lo cual ambas se sentían muy unidas—, radicaba en Trujillo y, a esas alturas, acarreaba también un matrimonio complicado, aunque sus problemas eran de orden económico, mientras que a Cristina, que le sobraba el dinero, la afligía otra desventura.

Leticia vivía en Las Delicias, un balneario que en sus buenos tiempos lucía un encanto similar al de la parte antigua de Ancón durante los años sesenta. Mucho de esa gracia, sin embargo, se había perdido a partir del enorme muelle Salaverry, cuya construcción cambió las mareas y sembró la destrucción: las primeras dos filas de las casas habían sido devoradas por el mar. Naturalmente, en esa atmósfera de decadencia, los precios de los alquileres bajaron, y más aún cuando se los negociaba fuera de temporada por el año completo. Defendida por un espigón y un cerco de rocas, la casa de Leticia se hallaba frente al mar amenazante, pero tenía su aliciente: una bonita playa de arena. Y en esa playa, a principios del verano, las hermanas se juntaron.

Sucedió pasadas las fiestas navideñas. Cristina tomó un avión y viajó a Trujillo con sus hijos pequeños para visitar a Leticia, igualmente con hijos pequeños. Las hermanas, que eran jóvenes y atractivas, se estrecharon en un estremecido abrazo. Y, como solían hacer, charlaron largo rato, se contaron anécdotas divertidas, rieron como locas e intercambiaron regalos: los de Cristina para la prole de Leticia eran los juguetes soñados por todos los niños; los de Leticia, en cambio, se reducían a artesanías originales y bastante sugestivas, de modesto costo. Aunque el verdadero regalo, a decir verdad, lo constituía el hecho de verse: hablar cara a cara. Cristina le había traído a Leticia desde Lima un bikini de última moda; y uno igual de vistoso y seductor se había comprado ella misma. Y el plan, de hecho, era estrenarlos cuanto antes. De modo que las dos salieron a la playa con sus respectivos niños, y en algún momento en que pudieron alejarse de estos —con palitas y baldecitos, los niños se dedicaron a cavar pozos en la arena para llenarlos con agua de mar—, extendieron sus toallas cerca de la orilla y, con el mayor disimulo, dieron rienda suelta a las confesiones sentimentales.

—Estoy pensando en separarme —susurró Cristina—. Es la cuarta vez que Larry se desaparece de casa por una semana. Y esta última no ha sido durante licencias ni vacaciones. Ha puesto en riesgo su trabajo. Llamaron de su oficina a preguntarme qué ocurría y tuve que inventar que estaba enfermo; inventé incluso que yo había llamado a avisar... ¡Ya no puedo más! Lo mejor será que cada uno se vaya por su lado.

Leticia, a menudo más reflexiva, respiró profundamente.

—Cristi, no te precipites —dijo—. De veras está enfermo... Él es de esos alcohólicos que cuando empieza a beber no para —y aconsejó—: Busca un nuevo médico.

—Eso ya no sirve. Ha visto a tres médicos de primera.

—Pero tienes que poner en la balanza otros factores. Cuando Larry no bebe, es una gran persona, un hombre bueno, y un padre que adora a sus hijos.

—¡Un hombre buenísimo, sí! —Cristina tiró hacia atrás la cabeza, resoplando—. ¡Y esto es lo que más me apena! Pero yo estoy destrozada y no puedo vivir con tanta angustia... Mira, no sé si le ha dado un infarto o si se ha metido en alguna cantina de baja estofa y lo han asesinado. ¡Vivo en una zozobra terrible!

Las confidencias no cesaban, aunque Leticia y Cristina se volvían de vez en cuando para vigilar a sus hijos, cosa que en realidad no necesitaban porque estos chillaban alegremente y corrían por la arena dando evidentes señales de vida.

Un incidente, sin embargo, terminó por interrumpir la conversación de las hermanas. O sería mejor decir: un antojo de Cristina, que era una mujer curiosa. A unos diez metros de donde estaban sentadas, apareció pausadamente una pequeña procesión de chicos y chicas que cargaban flores (ramos y coronas). Todos estaban en ropas de baño y lucían la piel tostada, y algunos hasta mostraban los cabellos de un rubio dorado que, según decían, se decoloraban por la sal del agua marina y la exposición al sol.

Cristina se calló de forma abrupta y los miró, intrigada.

—¿Qué pasa?

—No tengo idea —dijo Leticia.

La procesión se iría convirtiendo en un tumulto de chicos que entraban al agua de la orilla hasta que esta les llegaba a las rodillas.

Lentamente, Cristina se levantó.

—Vamos a ver —le dijo a su hermana.

Y las dos hermanas echaron a andar con sus flamantes bikinis, sin taparse las caderas con los pareos, como si su propósito fuera meterse al mar. Y, en cosa de segundos, tras escuchar a dos chicos cabizbajos que hablaban, se enteraron de lo que ocurría. Aquello era una clásica ceremonia de despedida a un *surfer* que hacía pocos días había muerto.

Las hermanas vieron a un grupo de chicos que subían a sus tablas y remaban, cada uno

llevando coronas. Esas flores las dejarían mar adentro. De modo simultáneo, otros chicos, tristísimos, lanzaban flores a las cristalinas aguas de la orilla.

Conmovida por la situación, o quizá demasiado sensible por sus propios problemas, Cristina no se percató de que se había puesto a llorar. Las lágrimas corrían por sus mejillas. Y por ello uno de los chicos la observó detenidamente, sorprendido.

—Perdona —dijo titubeando—. ¿Tú lo conocías?

Leticia quiso intervenir, pero no llegó a tiempo. Cristina ya asentía con la cabeza y entrecerraba los ojos, avergonzada de sí misma por negarse a revelar que apenas era una entrometida.

El chico le ofreció un ramo de flores para que participe de la ceremonia. Ella besó el ramo y lo lanzó al mar con palpitante emoción.

Una chica desconcertada también la observaba.

—¿Lo conocías desde hace mucho? —preguntó.

Cristina, muda, volvió a asentir, y se limpió las lágrimas con una mano. Luego dio media vuelta. Las hermanas regresaron a sus toallas en busca de sus hijos.

Aquella chica desconcertada, que enseguida se cruzó de brazos, no sabía si debía de mirarla con tierna simpatía o, por el contrario, con un gesto de reproche.

LA APUESTA

Es tanta la gente que cuenta historias y son tan pocas las personas que las escuchan, que lo lógico es que muchas acaben en el olvido. Los casuales oyentes, quizá por indiferencia o por menosprecio al cotorreo, suponen que les endilgan cualquier tontería. Y, bueno, probablemente no les falta razón. Sin embargo, algo sucede en la memoria de uno que otro oyente —de un oyente impresionable como yo, quiero decir—, donde el recuerdo de un detalle determina que las historias mantengan su inexplicable frescura. No me refiero a todas, desde luego; no soy Funes, el memorioso. Hablo solo de esa clase de extrañas historias que, en definitiva, perduran como una inquietud.

Voy a referir ahora un cuento de mi amigo Enrique. De él suelo decir que es un hombre sencillo y campechano, sin afanes de hacerse el interesante o de querer perturbar a nadie; detesta llamar la atención. Pero esto último, para Enrique, no resulta fácil: el mundo ordinario en el que se mueve se declara a veces en rebeldía ante la normalidad. A mí, digamos, siempre me cuenta cosas raras y locas; o, por decir lo menos, curiosas. De cualquier modo, lo suyo no aporta grandes tragedias o catástrofes; nada de eso. Son más bien pequeñeces, cosas irrelevantes. Como, por ejemplo, la historia de aquel pasajero de una destartalada combi de provincia —uno de sus más antiguos cuentos—, a quien conoció un día mientras viajaba de Trujillo a Lima.

Enrique subió a esa combi porque el vehículo que conducía, su vieja ranchera *pickup*, empezó a humear y se plantó por una avería en el radiador. Decidió entonces empujarla hacia el carril auxiliar de la carretera y estacionarla; luego, en pos de un taller mecánico, trepó a la combi que lo llevaría a Casma, cerca de Huarney.

El trayecto, según le informó el chofer, tomaba unos cincuenta minutos. La combi iba llena, pero encontró un sitio libre en la tercera fila, junto a un sujeto de barba y expresión pacífica. Se sentó en el lado del pasillo y estuvo veinte minutos en silencio, como la mayoría de pasajeros, dedicados a dormir o contemplar el desierto.

Enrique, por contraste, lucía bastante despierto e inquieto. Fue en ese ánimo cuando su vecino de asiento se volvió hacia él y le habló con un tono de voz apagado.

—Tengo una pregunta que hacer —dijo—. ¿Cuánto tiempo cree usted que vive un pez fuera del agua?

Mi amigo se sorprendió, pero supo moderar su reacción con una amable sonrisa.

—¡Qué pregunta!

—Es una pregunta simple —dijo el sujeto—. Todos los niños la formulan.

—No lo dudo —comentó Enrique—. Los niños siempre están haciendo ese tipo de preguntas.

—¡Y otras más interesantes! Yo sospecho que la mayoría de filósofos de la antigüedad escuchaban con fervor las preguntas de los niños y, estimulados por estas, mientras las contestaban, fueron forjando sus ideas filosóficas. Los niños son filósofos naturales... Pero, en fin, me gustaría que me responda...

—¿Qué?

—La pregunta que le hice... ¿Cuánto tiempo cree usted que vive un pez fuera del agua?

Enrique soltó esta vez una risita.

—No lo sé —replicó—. Me imagino que el mismo tiempo que podría resistir un hombre dentro del agua... Tres minutos, cuatro minutos... Desconozco el récord humano bajo el agua.

—¿Esa es su respuesta?

—Sí —titubeó Enrique.

—Mire, le hago una apuesta... ¡Cinco soles! No es mucha plata, pero le pone emoción al asunto. Si usted gana, se acordará de esto para siempre; y si pierde, también se acordará. ¿Qué le parece?

Meneando la cabeza, Enrique se animó:

—La acepto —dijo—. Aunque no me imagino cómo podría probarlo en este momento.

—Podré probarlo ahora mismo.

—¿Ah, sí? A ver, diga: ¿cuánto tiempo vive un pez fuera del agua?

—Una hora, más o menos.

—¡Imposible! —gruñó Enrique sacudiendo la cabeza—. No le creo... Pero me intriga qué prueba va a presentar...

—La más convincente de las pruebas —enfaticó el sujeto—. Míreme bien.

—Lo estoy viendo.

Con estudiada parsimonia, el sujeto introdujo una mano en el bolsillo interior de su casaca y la volvió a sacar aferrando un pez.

—Este pez es la prueba... ¡Tóquelo!... ¡Sienta cómo se mueve!

Atónito, observando al escamoso pez de ojos enormes que se movía en la mano de aquel sujeto, Enrique no sabía qué pensar, pero balbuceó:

—¿Qué es eso?

—¡Un pez! ¡Un tramboyo! ¡Y está vivo!... ¡Vamos, tóquelo!

Mi amigo lo tocó y, en efecto, sintió vida en ese contacto resbaladizo.

—¿Cuánto tiempo llevamos de viaje? —acometió el sujeto—. ¡Casi media hora! No han sido diez minutos o menos. Y cuando en la próxima media hora llegemos al pueblo, lo aseguro, este

pez seguirá moviéndose.

Enrique le pidió bruscamente al sujeto que se abriera la casaca y le mostrara el bolsillo de donde había sacado al pez.

—¿Tiene un frasco con agua en ese bolsillo?

—¡Claro que no! Revise usted.

Tras revisar el bolsillo, no encontró el pequeño depósito de agua que había imaginado. Ni siquiera percibió algo húmedo.

—¿Satisfecho? —se ufanó el sujeto. Enrique asintió—. Bueno, me debe cinco soles. Nos tomaremos una cerveza en la próxima parada. Usted paga.

Mi amigo nunca descubrió cuál era el truco.

Y luego, sentándose a la mesa de un quiosco, se tomó una cerveza grande con el sujeto. Mientras tanto, sobre la mesa, junto a la botella, el pez movía la cola.

UNA MUJER FATAL

Las niñas nunca son niñas, son solamente mujeres chiquitas. Desde los cuatro o cinco años empiezan a calcular el efecto de sus sonrisas. Coquetean, manipulan, seducen. Su madurez mental, así como su capacidad de ir tendiendo lentamente las redes en las que sus víctimas terminan atrapadas, se desarrollan gracias a la ternura que inspiran y a su temprana obsesión por conseguir lo que se proponen... Los niños, por su parte, se encuentran en franca desventaja... Ellos, ingenuos, narcisos, distraídos, son unos tontos soñadores, aunque en el fondo resultan tan egoístas como las niñas. Los niños, a diferencia de las niñas, son oportunistas primitivos: diamantes sin pulir.

Algunas niñas ven a los adultos como héroes, o bien como magos. Pero pronto, cuando ellas cumplen once o doce años, les llega el desengaño: descubren que sus padres son seres comunes de dudosa sabiduría. Y, en ese crucial momento, paralelo al ciclo menstrual que no las toma para nada desavisadas, es cuando algunas se independizan y cobran el vuelo sutil, misterioso, de las mujeres nacidas para matar.

Lucero y Luna, dos chicas estelares —luminosas, alegres, frescas como la piel suave de las frutas de estación—, eran íntimas amigas desde el colegio y, a sus quince años, ya lo sabían todo sobre la seducción. Dominaban el arte de las sonrisas ambiguas y el trance lento, hipnótico, de bajar la mirada. Los chicos morían por ellas; no podían evitarlo. Ellas poseían el poder que transmitía la música de una risa inesperada, la caída libre de un mechón de cabello, la sofisticada turbación de un mordisqueo de labios.

Eran dos chicas con condiciones, pero Luna renunció al uso de su don. Un día se casó, tuvo hijos y entró al redil. (Un familiar mío, debo decirlo, es el esposo de Luna). En cambio, Lucero, suelta en plaza, honró plenamente su destino. Dispuesta a otra felicidad, salió cada noche de fiesta para deslumbrar con el brillo hechizante de Venus, el visible planeta de anocheceres y madrugadas. Y, claro, se convirtió en leyenda. Vale decir: rompió corazones a diestra y siniestra, y cuidó que su mala reputación se mantuviera invariablemente divertida y se prestara a las habladurías. Lucero, de hecho, tenía encanto, la mayor gracia que posee una persona, y nunca, que se sepa, hubo manera de que el chisme más artero arruinara su vida de mujer fatal.

Hace unos años, a propósito de ello, todo Lima hizo correr un chisme que la tuvo como protagonista. Se trató de un romance marcado por «un episodio delicado», según palabras de la

propia Lucero. Había seducido a un hombre casado, que era, por si fuera poco, una personalidad de la política y los negocios. De manera que, en aras de mantener la reserva, lo veía por las tardes, dos veces por semana, en grandes hoteles de lujo. Él solía acudir primero al hotel y luego la llamaba para darle el número de habitación. Sus citas le tomaban a lo sumo unas dos horas, salvo que estuviesen muy arrebatados, pero la última, que terminaría siendo una gran final, requirió cinco horas.

El caso es que, en aquel «encuentro apasionado» (otra vez reproduzco palabras de Lucero), su amante murió. Murió en la cama, desnudo, y, lamentablemente, poco antes de eyacular. Esta situación fue en sí misma un drama patético, pero pronto sería potenciado por una incómoda anomalía: el pene del difunto.

Aunque el amante había dejado de respirar, su pene seguía erguido como un mástil. Ella sabía que él acostumbraba ingerir con anticipación un Viagra de 100 mg. Esto hizo que Lucero le sacudiera el pene con palmadas, e incluso con manotazos, a fin de que volviera al estado de reposo. Sin embargo, en nada logró menguar la erección. Y luego, pasado unos veinte minutos, cuando notó que sobrevenía el agarrotamiento muscular o *rigor mortis*, decidió cubrir el cadáver con una sábana. Lo único que consiguió con aquel pudoroso gesto fue hacer que todo luciera más grotesco: la sábana quedó levantada como una carpa a la altura de la cintura.

Exactamente así, al cabo de media hora, se lo encontró un amigo de Lucero (que era médico), a quien ella llamó desesperada.

—¡Deja lo que estés haciendo! —le dijo—. Ven a verme, te lo ruego. Y no olvides el maletín de primeros auxilios.

Y, tras proporcionarle los datos del hotel y el número de la habitación, protegió su necesaria calidad de incógnito con instrucciones al detalle: «No pases por Recepción. Sube directo al cuarto, pero por la escalera, para que no te vea el ascensorista».

Acto seguido, ella se vistió y se sentó a esperarlo —no en la cama, sino en una silla— y meditó sobre asuntos que juzgó inherentes al drama que vivía. Y como si fuera víspera de Año Nuevo, tomó dos resoluciones: uno, evitar en el futuro a amantes que necesiten de la pastillita azul; dos, evitar a amantes de reconocida vida pública cuyas muertes, en contextos normales o anormales, vayan a derivar en sucesos mediáticos.

Contemplando de vez en cuando el cadáver, conmovida (no hallo otra palabra para referir su desconsuelo sin culpa), Lucero pensó en la esposa y las hijas del difunto. E imaginó el bochorno que padecerían. No, no era cosa de largarse del hotel y dejarlo así a la buena de Dios. Sería indigno de ella actuar de ese modo. Decidió, pues, que buscaría un remedio al problema, aun cuando ignoraba cuánto tiempo podía prolongarse aquella erección. Su amigo médico, quien fuera su amante en otras épocas, la iría a ayudar.

Y la ayudó, por cierto. O, al menos, la acompañó durante unas horas en la elegante habitación

del hotel.

—¡No entiendo cómo se mantiene esa erección! —se exasperó a los cinco minutos de examinar el cadáver—. ¡Es algo insólito! ¿Lleva muerto más de una hora?

—Sí —dijo Lucero, demudada—. Pero a lo mejor es por el Viagra que tomó.

—Lo dudo mucho.

—Pero debe haber una explicación... y una solución...

—Mira, podría aplicarle hielo o echarle agua fría —divagó—. O, en último caso, tomar el bisturí y hacerle una pequeña incisión para cortar el músculo... Pero no, no... Esto último no conviene. Se notaría en la autopsia, porque de seguro le harán una autopsia...

—¿Entonces qué hacemos?

—Lo mejor será esperar... Todavía es temprano...

Fue una buena decisión. Lucero y su fiel amigo médico se pusieron a conversar y, por la vieja complicidad que los unía, hasta recordaron «los buenos momentos que pasamos juntos y que no estaría mal repetir» (dulces palabras del médico, según Lucero), y cuando en un instante miraron la ventana, se percataron de las luces carmesí del crepúsculo. Luego mirarían hacia el cadáver.

Y ambos suspiraron de alivio. «¡Por fin!», se dijo Lucero, reanimada. La carpa se había caído y, a esas alturas, el cuerpo inerte de su amante lucía mucho más decente.

—Todo lo que sube tiene que bajar —sentenció el médico, que era afecto a los lugares comunes—. Es la ley de la gravedad.

Lucero se levantó con energía y fue al baño a peinarse y maquillarse. Y desde ahí le dijo a su amigo:

—¡Uf, me has sacado de un apuro! No sé qué hubiera hecho sin ti... ¡Diablos, las cosas que me pasan son increíbles! Aunque, bueno, esto ya se acabó... Tú sal primero del hotel, yo saldré un rato más tarde.

—¿Has registrado tu nombre en Recepción?

—¡Claro que no! —exclamó Lucero—. ¡Solo él firmaba el registro!... Y siempre cambiábamos de hotel; regularmente hoteles con mucho movimiento, como este, donde es difícil saber quiénes son huéspedes y quiénes no... En fin, ya lo encontrará una mucama...

Se despidieron con un abrazo.

—Llámame en un par de semanas —dijo ella, insinuante.

Su amigo se alegró y abandonó la habitación.

UN BAR DE MODA

Llamé a Renato por el wasap y le pregunté si podía conseguirme empleo en Bruselas, donde, según me contaron, le habían ofrecido un buen trabajo: administrar un bar. El dueño del sitio le otorgaba libertad total para que hiciera las reformas que creyera conveniente, siempre y cuando lo convirtiese en un negocio rentable, sin meterse en vainas ilícitas. Renato aceptó y dijo que quería redecorar el bar, aunque con poca inversión. Mantendría las desnudas paredes de ladrillos, pero cambiaría las bancas de estilo minimalista por cómodos sillones de cuero gastado y clásicos bancos altos de madera. Dijo además que le cambiaría el nombre. El dueño transó. Estaba harto de pasarse horas de horas atendiendo en la barra; no soportaba una noche más.

—¡Claro que sí! —me contestó Renato—. Pero necesito saber algunas cosas. ¿Cómo está tu francés?

—Bien.

—¿Y el inglés?

—Regular. Pero la gente me entiende y yo los entiendo.

—¡Perfecto! ¿Y has trabajado un tiempo en bares, no?

—Dos años. Soy bueno preparando tragos.

—¡Más que perfecto, querido Max! —se alegró mi amigo—. Entonces trabajarás conmigo. Ya tengo a otro peruano en la cocina. Tú me ayudarás en el bar y a montar el nuevo decorado... Por ahora, eso sí, estoy terminando los detalles que definirán la personalidad del local, pues pienso abrir en una semana.... ¿Cuándo puedes venir?

—En dos días —dije.

—¡Vaya, eso es estar disponible! Te buscaré una habitación de hotel que no esté lejos del bar, por si acaso. Si las cosas marchan bien, las jornadas serán larguísimas, hasta la madrugada.

Arreglé mis asuntos en Barcelona y tomé el tren a Bruselas. Y, cuando llegué al mediodía, Renato no tardó ni cinco minutos en llenarme de encargos y ocupaciones. Siempre había sido un tipo acelerado, pero en aquella ocasión pensaba que cada día que tuviera el bar cerrado sería dinero perdido. Renato había puesto un letrero en una ventana: *Prochaine ouverture du bar*. La idea de

abrir pronto apuntaba a preservar los clientes habituales de aquella taberna: belgas y árabes, además de fortuitos turistas.

—Necesito que recojas dos frascos de vidrio —dijo—. Son frascos de farmacia que he encargado a una tienda de antigüedades... Tú conoces Bruselas —y me entregó un papel—. Esta es la dirección. Podrás trasladar los frascos en el metro, porque no son tan grandes... ¡Anda de una vez! ¡Luego hablamos!... Más tarde quiero que me ayudes a poner los licores en las estanterías.

En menos de dos horas, los frascos fueron instalados por Renato en el lugar más visible de la barra, bajo un reflector rojizo. Eran de vidrio transparente y tenían unas gruesas tapas de corcho con agujeros muy pequeños. Los frascos se veían sólidos y hermosos.

—¿Qué vas a guardar ahí? —pregunté.

—Ya lo verás. Unos tipos del barrio me ayudan con eso.

Al día siguiente, a las once de la mañana, llegaron al bar tres viejos *clochards* con grandes narices rojas de borrachos. Renato los recibió. Ellos le dieron una caja de cartón cerrada y él les entregó seis botellones de vino tinto como pago por sus servicios.

—¿Encontraron la especie común? —preguntó Renato.

—Sí —dijo uno de los viejos, que ostentaba una gorra mugrienta.

—¿Y cuántas hay?

—Cuarenta, como quedamos —dijo otro viejo, risueño—. Serán veinte para cada frasco.

—¿Ninguna está muerta?

—*Non, monsieur*. Tan pronto las pasemos a los frascos lo podrá comprobar.

A esas alturas, la curiosidad me mataba y no pude evitar interrogar a mi amigo:

—Pero ¿qué te han traído ahí, Renato?

—Cucarachas —me dijo.

—¿Cucarachas?

—Sí. Lo entenderás mejor cuando veas el letrero con el nuevo nombre del bar. Lo mandé hacer en tubos de neón color violeta y con una bonita letra cursiva; hoy lo colgarán sobre la puerta de entrada.

—¿Y cuál será el nombre?

—*Kafka Bar* —contestó. Y me miró con ansiedad—: ¿Qué opinas?

Pensé que mi amigo estaba enloqueciendo. Pero indudablemente me equivocaba. Renato tenía un olfato ultraentrenado en insólitas estrategias para poner de moda sus locales de diversión.

Tres semanas más tarde, el *Kafka Bar* desbordaba de clientes.

Fuera de la venta de alcohol, el local vendía todos los libros de Kafka, así como estudios sobre su obra, en particular una edición ilustrada de *La metamorfosis*, cuyo prólogo había sido escrito por el propio Renato, un especialista en la materia y con doctorado de la Universidad Carolina de Praga, título que exhibía en una pared.

Y, mientras tanto, las cuarenta cucarachas (que yo alimentaba cada día, con migas y sobras) merodeaban dentro de los frascos. Renato pegó sobre el vidrio frontal de los frascos unas etiquetas rectangulares donde escribió en español con tinta negra:

«Hermanos de Gregorio Samsa».

Trabajé en el *Kafka Bar* durante ocho meses y fue una buena época, pero repentinamente todo se vino abajo. Se debió a un extraño imprevisto. Una noche Renato entró al baño del bar; entró y nunca salió. Recuerdo que algunos amigos, ebrios de vodka, lo llamaban a gritos. Él no respondía. Así que, para calmar los ánimos, lo fui a buscar. Toqué la puerta; tampoco obtuve respuesta. Y pasados unos segundos, decidí abrirla, aunque no pude. Estaba cerrada por dentro. Entonces me vi obligado a forzar la puerta y quedé sorprendido: no encontré a Renato.

¿Dónde estaba? Nadie lo había visto salir. En el baño desierto, silencioso, pude ver apenas la ágil carrera de una cucaracha casera que escapaba por un respiradero, una ventanita entreabierta hacia el exterior. Y esto, en fin, fue lo que declaré a la Policía.*

* Cuando Kafka nos contó que Samsa se había transformado en un monstruoso insecto, lo describió en parte, pero no mencionó su especie. Sus lectores de la primera hora se lo imaginaron como una cucaracha, hipótesis que comparto. Solo un lector, Nabokov, escritor y entomólogo, rebatió esa percepción; creía que era un escarabajo. Según diversos biólogos, ni él ni los demás tenemos la razón. Kafka relata que, en su condición de insecto, Samsa abre y cierra los ojos, e incluso respira por sus fosas nasales, algo inadmisibles en los insectos. Samsa es, y sigue siendo, un bicho fantástico.

SALTOS MORTALES

No creía en el perdón, pero sí en el olvido que nos concede la muerte. Si alguien lo ofendía, tramaba enseguida la manera de matarlo. Su problema, en concreto, era un asunto de amor propio: no soportaba la menor humillación. Así que, por dirimir tales vergüenzas, mató a varios (entre ellos un pariente).

Tres muertes le bastaron para labrarse una reputación.

—¡Paolo es bravo! —decían los vecinos de Los Barracones, barrio pendenciero del puerto del Callao, donde la Policía solo entraba con tropa fuertemente armada.

Él, en realidad, se llamaba Andrés, pero le decían Paolo por su parecido físico con el famoso futbolista Paolo Guerrero. Era un mulato alto y bien plantado.

El carácter de Paolo fue hechura de Los Barracones. «Aprendí a contar oyendo los balazos en mi vecindario», bromeaba a veces, pero no estaba exagerando.

A los once años, en su casa, vio morir a su padre. Mientras ambos almorzaban en la cocina, una bala perdida se coló por la ventana. Su padre lo miró a los ojos y soltó un gruñido; luego hundió la cabeza en su plato de sopa, que se tiñó de rojo. Su madre, una mujer voluptuosa —buen cuerpo, aunque mal carácter—, no estaba presente: cumplía sentencia en Santa Mónica. Condenada en un principio a quince meses por vender PBC al menudeo, le habían estirado la pena por degollar a dos reclusas que intentaron ultrajarla. Le tomaría unos veinte años pisar otra vez la calle.

Hijo único, Paolo quedó prácticamente huérfano y se mudó a casa de su tía Ruby, la hermana menor de su madre. Ruby estaba casada con el tío Jorge y no tenía hijos. De los once a los diecisiete años, el chico sintió por primera vez que vivía en familia. Y poco después, su tío, carpintero de oficio, le pidió que abandonara el colegio y tentara un empleo. Paolo lo pensó; quería ser acróbata, y anhelaba llegar a ser el mejor de la calle. Era un muchacho ágil —«como gato techero», decían— y solía dar carreritas y saltos mortales por los pasos de peatones. Su público, una fila de automovilistas detenidos en el semáforo, recompensaba esa gimnasia con propinas.

—Mala idea —dijo el tío—. Es un limosneo que no tiene porvenir —y sugirió el trabajo de albañil. Paolo se negó y comenzaron las reyertas.

Fueron meses de peleas.

Una tarde en la que el tío regresó inesperadamente temprano a casa en busca de unas herramientas, sorprendió a Paolo copulando con su esposa. Los vecinos oyeron una tromba de gritos y un volcado de muebles y de pronto un gran silencio. El tío acabó con un punzón en la garganta.

Ese fue el primer asesinato de Paolo. Nunca se encontró el cadáver del tío, fondeado sin más trámite en un cementerio clandestino, y Paolo, que continuó conviviendo íntimamente con su tía, a quien embarazaría dos veces, terminó por acatar el consejo del difunto: salió a buscar un nuevo empleo.

El nuevo empleo, a decir verdad, lo encontró a él.

Esto sucedió no bien dos jornaleros del tío lo visitaron y reclamaron por el jefe ausente; no entendían cómo era que había desaparecido. También los asesinó.

Wilbur, un amigo del barrio, lo tasó ese día.

—Tú sirves pa' sicario —le dijo. Y luego comentó—: Se gana bien. Cien dólares por *encarguito*, a veces más. Cuestión de verle la cara al cliente... Y es fácil.

—Así parece —repuso Paolo—. ¿Pero dónde consigues clientes?

—En todas partes. Si quieres ver un sitio que está lleno como un mercado, ven conmigo a mi trabajo.

—¿A la calle Azángaro?

—Sí.

—Creí que allí solo falsificaban documentos.

—Te equivocas —sonrió el amigo—. Allí arreglan de todo. Y, además, está a una cuadra del Palacio de Justicia, una zona con gente desesperada.

—¿Qué quieres decir?

—Hay tipos que arrastran juicios por años y que ya no tienen cómo pagar a su abogado. Un accidente o un asalto con muerte trágica les solucionan la vida.

—¿Tú sabes de sicarios que ligan clientes en esa calle?

—Claro.

—¿Y cómo hacen?

—Alguien corre la voz. Después, los interesados llegan y te preguntan.

No voy a referir aquí todos los *encarguitos* de Paolo. A estas alturas, suman veintidós. Casi todos fueron trabajos bien hechos, rápidos y limpios, sin mucho ruido. Solo tres de ellos merecieron figurar en la prensa de cincuenta centavos, en notas pequeñas; del resto, nunca se supo.

Pero vale la pena dar cuenta de su primer encargo. Cobró por este quinientos dólares en efectivo, de los cuales él se embolsicó trescientos cincuenta. Habían invertido cien en gastos de preparativos diversos, y Wilbur, que se convertiría en su agente, sacó los cincuenta restantes, su diez por ciento de comisión.

La tarifa normal por balazo o acuchillamiento oscilaba entre cien y ciento cincuenta dólares, dependiendo del grado de dificultad. A menudo, no obstante, aparecían clientes quisquillosos: no gustaban de los balazos. Por más que ustedes le roben a la víctima, decían ellos, precavidos, se corre el riesgo de que la Policía piense en una venganza y no en un asalto a mano armada.

Un señor de buen ver, vestido con traje negro y muy correcto y ceremonioso en su forma de hablar, pidió *un accidente de tránsito. Atropello y fuga*, precisó. Él mismo conocía todas las rutas del eventual *accidentado* y facilitaría las horas adecuadas.

—Mire, atropello es otro precio —dijo Wilbur con cara de circunstancias—. Hay que conseguir un carro, ponerle placas falsas y disponerse a abollarlo. Pero ahí no acabamos. También se necesita estudiar un plan: ubicar una calle que tenga varias vías de escape, donde no hayan policías que inicien persecuciones. Todo eso cuesta, ¿me entiende?

—Perfectamente —contestó—. Deme su precio.

Wilbur dijo quinientos y transaron sin regateos.

Ese día, junto con otros chicos, Paolo se hallaba a pocos palmos, en el paso peatonal de Roosevelt y Lampa, dedicándose durante la luz roja a la gran afición que le divertía y fortalecía sus músculos: consumaba una seguidilla de saltos mortales.

—¡Chamba, compañero! —anunció Wilbur a su sudoroso amigo.

—¿De la firme?

—Sí. Pero tiene sus complicaciones —y haciendo con Paolo un aparte, añadió—: Ven, vamos por aquí, que te explico.

Le explicó todo. Más tarde, en cosa de tres días, alquilaron un carro viejo, pero con el motor en buenas condiciones. El *accidente* se produciría en La Aurora, barrio de Miraflores. Su objetivo era una mujer alta y elegante, de unos cuarenta años. A Paolo le proporcionaron una fotografía que observó por un minuto, memorizando su silueta y rasgos faciales; luego, a pie o en auto, la siguió un par de veces, a prudente distancia.

La mujer tenía un BMW del año, con el que recorría los tramos de sus ocupaciones: acudía a su propia tienda en el Jockey Plaza y visitaba a su madre en La Molina. Luego, tal como el cliente informara a Wilbur, salía diariamente a caminar. Iba al gimnasio, a dos cuadras de su casa, o bien paseaba al perro por un parque. Paolo eligió el trayecto al gimnasio; había poco tráfico y tres opciones de calles para huir.

En la hora señalada, la mujer vestía casaca deportiva, una ceñida malla negra y zapatillas. El chico la acechó en la intersección de dos calles. Cuando la tuvo a tiro, pisó a fondo el acelerador y se lanzó contra ella. Y ahí, de pronto, ocurrió algo extraordinario. La mujer esquivó la embestida: pegó un brinco espectacular, un vertiginoso salto mortal hacia atrás como los de las películas de artes marciales.

Paolo frenó abruptamente. No se esperaba eso.

Por un instante las miradas de ambos se cruzaron. La de ella (lívida en la acera) era de susto y desconcierto; la de él (sentado al volante), de sorpresa y admiración. ¡Qué buen salto, carajo!, pensó Paolo, quien en el acto hizo chirriar los neumáticos del carro al retroceder a toda marcha.

La mujer no pareció comprender lo que sucedía. ¿Imaginó que pretendían secuestrarla? ¿Imaginó que iba a morir? Quién sabe.

Cuando Paolo reanudó el ataque, el carro montó en la acera y la mujer voló finalmente por los aires; cayó muerta en un jardín.

Hubo cinco testigos del crimen, pero todos se esfumaron. Una vecina, que salió presurosa de su casa al oír un alarido y el ruido cercano de un violento impacto, declaró a unos policías. Dijo que no había visto nada, pero informó que en esa cuadra ya habían ocurrido otros dos atropellos.

El hecho se registró como atropello y fuga, y el cliente quedó satisfecho.

—Buen comienzo —lo felicitó Wilbur al día siguiente, cuando Paolo volvió a la esquina de Roosevelt y Lampa para dar saltos mortales con su barra de amigos.

Con diecisiete años, Paolo estaba en perfecta forma. Y ese día, feliz, recordando lo aprendido, deslumbró a sus amigos y a tres automovilistas: estrenó una audaz acrobacia. Tras recular unos pasos para tomar impulso, ejecutó un impecable y vertiginoso salto hacia atrás.

Le llovieron por igual los aplausos y las buenas propinas.

MANIOBRA SUBVERSIVA

Después de recibir una feroz paliza y quedar con las caras magulladas y el cuero con múltiples heridas y hematomas, los tres hombres entraron al calabozo. Dos de ellos eran muy jóvenes — tenían apenas veinte años—, y el tercero, que cojeaba de la pierna derecha, aparentaba haber alcanzado los cincuenta. El recinto, oscuro y pequeño, olía intensamente a orines y no tenía catres ni bancos. Tiritando por el frío, adoloridos, los hombres se sentaron en el suelo. Se sentaron juntos como para darse calor, y juntos también, mientras cruzaban murmullos y largos silencios, reflexionaron sobre la gravedad de su penosa situación, que ya no les dejaba entrever la menor esperanza.

Sabían que pronto se reanudarían los interrogatorios y los golpes. Y que, por eso mismo, sus captores, a fin de ablandarlos —«vamos a derrumbarlos, a reventarles la moral», susurró un sujeto igualmente joven—, les habían mostrado picanas eléctricas y filosos instrumentos quirúrgicos. Eso era lo que se les venía.

Los tres hombres, por medidas de seguridad, no habían informado a nadie de su paradero — los alrededores de un fortificado cuartel en la pampa— y ninguna persona, ningún campesino, ningún alma en pena, iba a poder atestiguar que habían sido detenidos, y menos aún que les hubieran encontrado pruebas incriminatorias: planos del cuartel y explosivos. De modo que podía sucederles lo que ocurría todo el tiempo desde los inicios del conflicto: desaparecer. Sin rastros, sin noticia alguna.

Ante esa perspectiva, el hombre cojo llamó a gritos a los carceleros.

Se aproximaron unos tipos con expresión de fastidio, a quienes les dijo que quería hablar en privado con el teniente al mando.

Lo sacaron del calabozo y lo condujeron a un ventilado despacho.

—¿Qué quiere decirme? —indagó el teniente.

—Voy a hablar —dijo el hombre cojo—. Pero con dos condiciones: primero, pido que me den un trato de colaborador, y segundo, maten a mis dos compañeros.

—Acepto su colaboración —fue la tranquila respuesta que oyó—. Sin embargo, no entiendo su otro pedido... ¿Quiere que matemos a su gente? ¿Por qué?

—Ellos no pueden quedar vivos porque en la prisión o en cualquier otro lugar donde terminen me van a acusar: dirán que soy un delator.

—Comprendo —sacudió la cabeza el teniente—. No quiere que se sepa la verdad.

—¿La verdad?... No sé qué es la verdad. Hay muchas verdades. Cada persona tiene la suya.

El teniente escrutó los ojos cansados del hombre cojo y quedó pensativo. Luego estiró ambos brazos, como desperezándose. Eran las cuatro de la madrugada.

—Hecho —dijo—. Los mataremos —y ordenándoles a unos soldados armados que lo tuvieran vigilado, agregó—: Espere aquí...

El teniente salió del despacho y diez minutos más tarde se oyeron dos detonaciones.

—Ya están muertos —dijo poco después.

—¿Bien muertos?

—Tiros de gracia.

—Quiero ver sus cadáveres.

El teniente volvió a mirarlo a los ojos, pero esta vez se concentró en la profundidad de sus ojeras y en las pequeñas arrugas en torno a las órbitas.

—Vamos al patio —dijo. Y todos salieron en grupo, el teniente por delante, y luego el hombre cojo que caminó flanqueado por los soldados.

Llegaron a tiempo para ver que otros chicos de uniforme subían los cuerpos inánimes en una carretilla, de camino a una fosa común o quizá a un simple hueco en la tierra. El hombre cojo se detuvo a mirarlos: ambos tenían balazos en la frente.

Con gesto imperturbable, se dirigió entonces al teniente.

—Tengo que decirle una última cosa —habló con tono vibrante—. Estos compañeros que usted ha asesinado fueron mis más cercanos allegados. Uno era mi hijo menor, y el otro, mi sobrino. Le solicité que los matara porque no iban a resistir el dolor y podían contar mucho. Ya no tendrá usted esa oportunidad... Ahora, teniente, solo le quedo yo, y no pienso hablar. Podrá hacer conmigo lo que quiera, pero le aseguro que no voy a hablar.

UN JOVEN MARCIANO

Se conocieron en el desierto de Paracas. Fue en una noche con cielo abierto espolvoreado de estrellas. Por los alrededores solo veían las tersas y misteriosas ondulaciones de las dunas que el viento peinaba, mientras sentían, como se siente en las noches de otros desiertos, un frío gélido que los hacía temblar. Ella se llamaba Silvana; él, Carlos. Ella no lo miraba, pero él ya le había puesto la puntería. Ambos, al igual que otros excursionistas, vestían abrigo y bufandas. Y ambos, integrantes de una caravana de camionetas 4x4, componían un séquito lleno de expectativas, todos interesados en un común objetivo: avistar ovnis o establecer algún tipo de contacto con alienígenas.

La mayor parte del séquito eran seguidores de Sixto Paz, un estafalario ufólogo de renombre local, aunque no faltaban los advenedizos que estaban de colados y con propósitos subalternos, justamente como Carlos, quien fingía creer en todas las pintorescas ensoñaciones intergalácticas, cuando en realidad lo único que pretendía era encontrar la forma apropiada para contactar con la bella y despreocupada Silvana.

Desde que la vio en una cafetería leyendo *Crónicas marcianas*, simpatizó con ella. Algunos capítulos del libro de Bradbury recreaban a unos tiernos y desvalidos marcianos. Por eso mismo, al enterarse Carlos de que Silvana pensaba ir al desierto en busca de lo desconocido, se sumó a la partida. Y así las cosas, él estaba ahora parado en lo alto de una duna, mirando ávidamente al cielo, a la espera, como todos, de una señal luminosa (pero vigilándola a ella, que se había detenido a cosa de diez metros), cuando de pronto sospechó que tal vez no fuera una chica libre. Un muchacho se acercó a Silvana y la abrazó con efusión, al parecer para protegerla del frío, y Carlos dedujo que aquel tipo tenía las trazas de ser un pretendiente o algo peor, un enamorado.

El ufólogo aseguraba que esa noche, a las 10:37 en punto, una luz descendería del cielo y traería una avanzadilla de extraterrestres exploradores, procedentes del planeta Ganimedes.

Llegó al fin la hora y nadie vino. Y cuarenta minutos más tarde, Silvana se frotaba la nuca como si le doliera el cuello.

Entonces un grupo de diez personas rodeó al ufólogo en busca de explicaciones, y otro, más numeroso, regresó a abrir las maleteras de sus camionetas para sacar unos herméticos *coolers*. Si no había ovnis en la excursión, buenos serían los sándwiches y las cervezas.

El acompañante de Silvana era de aquellos que tenía hambre y sed. De manera que partió en busca de provisiones.

—Espérame —le dijo con gentileza—. Traeré el refrigerio. ¿Quieres sándwich de pollo o de jamón?

—De pollo —dijo ella, y se volvió a seguir mirando el cielo.

Cuando Silvana se quedó sola, Carlos aprovechó la oportunidad sin dudarle un segundo y se aproximó.

—Ya llegaron —dijo con firmeza.

Ella sintió que alguien hablaba a sus espaldas.

—¿Qué? —se volvió, confundida.

—Llegaron.

—¿Llegaron?... ¿Quiénes?

—Los extraterrestres —dijo Carlos.

Silvana lo miró, recelosa, aunque enseguida sonrió porque, de hecho, era alguien de la caravana y le correspondía ser cortés. Sin embargo, tenía varias preguntas por hacer: «¿Quién eres?, ¿nos conocemos de algo?» Pero solamente se limitó a decir:

—¿De qué hablas?

—El ovni vino por allá, por el otro lado —y señaló hacia otras dunas—, a medio kilómetro. Llegaron y se fueron, sin que tú y todo tu grupo los pudieran ver. De todos modos, consiguieron lo que querían.

Silvana no sabía qué pensar.

—¿Cómo sabes eso?

—Lo sé...

Se hizo un silencio y Silvana desvió la mirada hacia el conjunto de camionetas estacionadas en un llano de piedrecitas y arena. Su acompañante, Ramón, conversaba con varios amigos.

—¿Y me vas a decir cómo es que lo sabes?

—¿Sí, claro que te lo diré! Pero, cuidado, nadie más debería saberlo. Será un secreto entre nosotros... ¿De acuerdo?

—De acuerdo —sonrió Silvana, alisándose el pelo con una mano. Y pensó que le gustaba la situación de darle pista a los obvios avances de aquel chico atractivo y de voz profunda—. Y ahora dime cómo lo sabes.

—Lo sé —reveló Carlos—, porque soy uno de ellos...

—¿Uno de ellos?

—Sí.

—¿Un extraterrestre? —se burló Silvana.

—Sí.

—¡Caray, no se te nota! Tienes apariencia humana.

—Pero soy de otro planeta y estoy aquí en misión encubierta... Y te diré algo más: me han enviado a buscarte.

De pronto, Silvana se echó a reír.

—¡Qué divertido eres! ¡Y además qué buen actor!

—Silvana, escúchame —dijo Carlos con seriedad—. Tú lees a Ray Bradbury y sabes bien de lo que te hablo. Me mimetizo con los humanos. Piénsalo.

Ella se sorprendió de que el chico supiera su nombre, pero la asombró más que estuviera al tanto de sus lecturas. ¿Será un acosador?, pensó. ¿O acaso un bromista bien entrenado?

Ramón ya se acercaba a ellos con una bolsa de sándwiches y un *six-pack* de frías latas de cerveza.

—¿Cómo sabes mi nombre?

—Porque lo sé.

Ella empequeñeció los ojos y tanteó:

—Se lo has oído a alguien... o te lo han dicho.

—No. Mi organismo tiene antenas de sondeo.

—¿O sea que sabes cosas de mí?

—Así es.

—¿Qué otras cosas?

—Cada momento que pasa me informo más... Mi planeta, Silvana, está más evolucionado que el tuyo. Y ahora discúlpame, pero tengo que irme. Te llamaré.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo? ¿Por telepatía?

—La telepatía es una forma anticuada de contacto; ya no la usamos, da dolor de cabeza... Llamaré a tu teléfono.

Antes de que Ramón le diera el encuentro para entregarle la bolsa de sándwiches, Carlos retrocedió sobre sus pasos como un acelerado robot y luego giró y caminó normalmente.

—¿Quién era ese? —dijo Ramón.

—Es lo que yo me pregunto —respondió ella, sonriendo, convencida de que ese chico sabía su número—. Tal vez sea un marciano.

LA RABIA INTACTA

Una mañana de invierno —el típico día gris que embelesa a muchos limeños perversos— resonó en el colegio la campana del primer recreo y Pablo salió al patio y recordó las palabras de su padre: «No es fácil ser adolescente, nunca lo ha sido. Y mucho menos en tu caso, si pretendes defender a tus compañeros».

¿Pablo *tenía* que hacer eso? ¿Defender a sus compañeros? ¿Acaso *lo veía* como una obligación? No, claro que no. Lo había hecho una vez, cuando uno de sus amigos estuvo amenazado, y poco después, al ver que otros alumnos igualmente desamparados lo aprobaban, le pareció una reacción digna de ser repetida, en la medida que no le costaba mucho adoptar una actitud feroz no bien un grandulón se ponía abusivo.

A sus quince años, desde luego, Pablo contaba con atributos. Había echado cuerpo —tamaño imponente, hombros anchos, brazos de barrista—, transformándose finalmente en Pablote, el apodo simplón que le endilgaron, aunque de hecho sonaba intimidante. A partir de entonces, él se convertiría en el seguro aspirante para varios roles: fuerza de choque en los partidos de fulbito, abanderado en los desfiles escolares, guardaespaldas casual. Pablote, además, según se decía, tenía «su trayectoria»; a pesar de cursar el cuarto de secundaria, se había peleado dos veces con alumnos corpulentos de quinto, propinándoles tremendas pateaduras. Y, por consiguiente, para sus compañeros, tenerlo a él como amigo era una bendición que los hacía sentir inmunes.

—¡Pablote! —lo llamó Marcial, un chico sin la menor traza de marcialidad. Era un alumno bajito y esmirriado, pero con buen gusto para recomendar libros.

La lectura, hay que decirlo, era importante para Pablote. Ahí descubría universos y seres apasionantes que lo transportaban a países lejanos y épocas antiguas o futuras.

Acostumbraba leer cada noche —cuentos y novelas, sobre todo—, y lo hacía con la misma disposición con la que peleaba. De alguna manera, saber lidiar con los puños, así como leer a su regalado gusto, constituían, si se quiere, su lado bueno. Y en cuanto a su lado malo, no pienso enumerar todos sus defectos, pero, para que se hagan una idea, bastará señalar que era terco, calculador y, en ocasiones, burlón.

No obstante, no se burlaba de la debilidad ajena.

—¡Pablote! —insistió Marcial.

Al percatarse de que lo llamaban, él volvió la cabeza.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—¡Otra vez me jode ese maldito! —y miró hacia el susodicho, José Antonio, que se paseaba orondo por el patio—. Ya van tres días en que me agarra desprevenido en los recreos y me mete cabe; luego me da pataditas en el suelo. ¡El desgraciado no para!

—¿Qué le has hecho?

—Nada —afirmó Marcial, humillado—. A veces me pesca leyendo, y por eso les dice a todos que soy un afeminado.

Así pintaban los años sesenta: una época hostil, sujeta a valores rígidos, y que a la vez resultaba ingenua, hipócrita, cruel y colmada de prejuicios, entre otras taras. Y tal mentalidad se volvía dramática en los colegios. Si no sabías pararle el pleito a quienquiera que te avasallaba o te pisaba el poncho, eras un maricón; y si sostenías un libro en las manos, peor todavía: eras un huevón afeminado. De manera que, para andar a salvo de agresiones, los chicos debían estar atentos e ir cuidando las formas.

Sin saber cómo, Pablote conocía eso. Y veía que José Antonio, también sin saber cómo, se le perfilaba como rival. Ambos habían crecido. José Antonio ya era fornido y frío, y al pegar su estirón había emparejado en estatura a Pablote, por lo que un buen día empezó a pisar fuerte sacando pecho con insolencia. Uno y otro se miraban con cautela, se medían, se respetaban. Aún nada pasaba entre ellos, pero Pablote suponía que retarse sería cuestión de tiempo y que por lo mismo debía planear un ataque sorpresa.

Entonces el reto llegó. Y sin aviso previo, como ocurre entre la gente joven. Un compañero de clase, resentido, quemó el cuaderno de álgebra de José Antonio, y este, encolerizado, aporreó a tres chicos de quienes sospechaba. Dos de ellos quedaron con un ojo negro, por lo que Marcial, temblando, fue en busca de su amigo.

Al día siguiente, con paso tranquilo, Pablote llegó a constatar la situación y se encontró a José Antonio con la cresta alzada y diciéndole a los presentes que él era el único bravucón, el gallo del corral. Así que, para dejar las cosas claras, Pablote estrenó su plan madrugador, que consistió en encajarle sin más una patada en la entrepierna.

Con el rostro deformado por el dolor, José Antonio gritó:

—¡Ay, mis huevos! —dijo. Y luego, encogido el cuerpo y retorciéndose en el suelo, no dejó de gemir y lagrimear durante los siguientes minutos.

La matonería del rudo gallo del corral comenzó a desinflarse con la rapidez de una llanta pinchada. Y en consecuencia, hubo algarabía —Marcial volvió al patio para leer tranquilo, sin sufrir interrupciones—, y enseguida, como en las fábulas para niños, los recreos dejaron de ser un riesgo; los chicos recuperaron su vivaz regocijo.

Todos, claro está, sabían que esa paz no duraría pero, por lo pronto, el que menos respiraba aliviado. Aquel era un colegio religioso; misa a diario, mucho deporte y, ante el menor descuido, diabluras. «De la inocente juventud se alimenta el diablo», decían los curas. Y los chicos, asustados, imaginaban que serían el bocado del festín satánico.

Fue durante aquellos días cuando los maestrillos, los curas más jóvenes, probablemente con la mejor de las intenciones, introdujeron una diversión que reforzaba los valores que inculcaban —el coraje, la nobleza, el empuje—, y para tales fines, echaron mano a actividades arraigadas en espectáculos tradicionales extremos.

—¡Habrán toros en el colegio! —anunció un vehemente maestrillo, nacido en la torera ciudad de Sevilla—. ¡Será en tres meses! Las clases de tauromaquia empezarán mañana a las cuatro, después de rezar el rosario; incluye teoría, nociones básicas para plantarse delante de un astado, así como práctica: toreo de salón, toreo de carretilla con cuernos que simulan la embestida del toro... Desde hoy pueden inscribirse...

—¿Y serán animales de verdad? —indagó un alumno.

—¡Beceros! —puntualizó el cura—. Toretos de cuernos cortos, por supuesto. De otro lado, les pasaremos películas para que vean cómo se torea y qué tipo de peligros corren y qué precauciones deben tomar. Luego darán un examen. Solo participarán los que aprueben... Y además..., habrá boxeo, peleas de box en un cuadrilátero... Pelearán los alumnos de segundo y tercer año en la categoría peso mosca, y ¡los de cuarto y quinto año, los más grandes del colegio, en la categoría peso wélter!

Ocho alumnos se inscribieron en toros, dieciséis en boxeo. Pablote, que había toreado erales en la hacienda de un primo, hubiese querido temprar la muleta, pero sus hinchas y amigos de la clase lo postularon por aclamación para que participe en box.

Antes de cruzar guantes, eso sí, hicieron preparativos. Cada contendor debió subir a la balanza y anotar su peso, con el fin de mantenerse dentro del reglamento. Y luego, para los entrenamientos, se les hizo saltar sogas y afinar sus golpes en peras y sacos. También se los informó de detalles claves; el día del match, por ejemplo, los contendores se escogerían por sorteo. Las preliminares, naturalmente, eran los pesos mosca, aunque pocos se interesaban en ellos. Las peleas de fondo — la categoría wélter, entre 63 y 66 kilos— eran el mayor atractivo e incluso se decía que varios padres de familia hacían apuestas por los contendores de su preferencia.

Cuatro alumnos clasificaron en wélters. De las dos primeras peleas saldría una pareja de ganadores. Ellos disputarían la final, en tanto que el tercer y cuarto puesto, la semifinal, se zanjaría entre los eliminados. Los curas, precavidos, establecieron normas diferentes de las peleas profesionales: «¡Se librarán cuatro asaltos por match, no diez», recalcaron. «¡Y cada asalto durará dos minutos, no tres!». Lo demás sería lo habitual que los alumnos veían en la tele: prohibido golpes bajos (ni de casualidad). Al primer golpe bajo, el réferi, otro maestrillo,

descalificaría al infractor. Al llegar la hora del sorteo, apareció un chico de primaria con los ojos vendados. El chico metió una mano en una urna de vidrio y eligió papelitos con los nombres de los contendores.

—¡Gran categoría wélter! —vociferó el cura Augusto, padre espiritual para cuarto y quinto de secundaria—. ¡La suerte ha designado a los cuatro alumnos que se enfrentarán en la primera eliminatoria! Dos serán los encuentros; en el primero, pelearán Rafael vs. Marcelo, y en el segundo, Pablo vs. Serafín. ¡De estas peleas, ya lo saben, surgirán los rivales por el título de campeón wélter del colegio! ¡Público presente, sentarse! ¡Boxeadores, alistarse!

Al oír la proclama del padre Augusto, Pablote se sintió feliz. Y de hecho tenía sus buenas razones. Durante los meses que antecedieron a las peleas, tanto en el patio como en los entrenamientos, Pablote se había hecho amigo de Rafael, otro chico alto y rudo como un oso, aunque este no era del estilo de José Antonio. Por el contrario, Rafael lucía afable y amigero, y no se le ocurría fastidiar a nadie. Él y Pablote hicieron amistad por empatía, o porque tenían la misma estatura y corpulencia, o también porque compartían la propensión a quedar turbados con las minifaldas de aquellos días. Conversaban a menudo sobre chicas y deportes.

La principal causa de la felicidad de Pablote, en efecto, fue saber que en un principio él y su amigo no se pegarían. De esto, también, ellos habían conversado. Y con recelo, Rafael se atrevió a decir: «Si nos toca pelear entre nosotros, habrá que mantener la guardia alta, para evitar golpearlos la cara, pero con un ojo atento a cuidar el plexo». Y Pablote replicó: «¡Así será!».

¿Y más tarde qué? ¿Terminarían enfrentados? Quién sabe. Se rumoreaba que los otros contendores, Serafín y Marcelo, ambos de quinto año, no eran mancos. Eran tan grandulones como ellos, pero por ser de un grado superior habían desarrollado músculos con varios meses de antelación, lo que suponía una ventaja. Además, en materia de broncas, Pablote y Rafael no los habían visto, y por lo tanto desconocían sus mañas y aptitudes, aunque no ignoraban algo que juzgaron evidente: el hecho de que figuraran como contendores dejaba manifiestamente implícito su anhelo de gloria.

Más claro: eran huesos duros de roer. Y debido a eso, por cierto, Pablote había consultado con su padre respecto a tales preocupaciones. «Las peleas pueden ser duras», le dijo, absorto, corroído por la incertidumbre. Y su padre contestó: «¡Siempre lo son!... Por eso mismo, recuerda lo que ahora te digo: cuida tu rabia; cuidala como cuidas tu corazón, tu alma. Lo esencial es que te concentres y mantengas la rabia intacta».

Finalmente, llegó el día de las peleas. El padre Augusto, cuando dijo lo que dijo, no mencionó que el sorteo revelaba la voluntad de Dios. Y no fue por un desliz: habló claramente de la suerte, del azar, contingencias paganas que definían los encuentros. Y en estos, hacia el fin del primer asalto, Pablote ganó a Serafín tras aplicarle un gancho en la mandíbula que lo tumbó a la lona, donde le hicieron la cuenta; y Rafael, con juego de piernas y *jabs* precisos, logró enrojecer la cara

de Marcelo a lo largo de cada asalto, ganando por puntos. Sus puños «picaron como rápidas abejas, a lo Cassius Clay», dijo alguien. Y los chicos de cuarto, desde luego, reventaban de orgullo y entusiasmo.

De otro lado, como algunos espectadores vaticinaban, sucedió aquello que los amigos temían: Pablote y Rafael tendrían que chocar, fajarse a golpes sin miramientos —de eso se trata el boxeo—, y, cuando terminara la pelea, sería de uno de ellos la medalla de campeón. Ambos amigos, pues, subieron al cuadrilátero y, asintiendo con las cabezas, se miraron como hombres comprometidos con su destino.

Acto seguido, sonó la campana y los amigos se trasmataron en enemigos. Se miraban con furia, se ametrallaban a golpes, se tiraban contra las cuerdas para recuperar fuerzas, se trenzaban en *clinch*, aprovechaban el menor descuido. Por momentos, daba la impresión de que Rafael llevaba el ritmo de la pelea, aunque a cada momento trastabillaba por los contundentes mazazos de Pablote. El público, mientras tanto, armaba un griterío. Curas, padres de familia (no invitaron a las madres) y alumnos lanzaban alaridos de aliento por uno y otro. No se veía como un colegio religioso; era más bien una tribu de guerreros salvajes clamando por sangre.

Cuando concluyó el primer asalto, Pablote caminó hacia su esquina y observó la primera fila del público. Allí reconoció a su padre, quien le guiñó un ojo, su especial manera de dar ánimos. Y luego, en los asientos contiguos, vio a su amigo Marcial, aplaudiéndolo, y un poco más allá, para su asombro, a un impávido José Antonio.

En el segundo asalto, Rafael colocó sus porfiados *jabs*, pero en el tercero, que apenas duraría un minuto, Pablote disparó una andanada de directos y de pronto puso fin a la pelea con otro de sus mazazos. El grandulón de su amigo quedó mareado, con aire de niño perdido, y el referí paró la pelea y declaró que el campeón era Pablote. Este, de inmediato, se acercó a la esquina de su oponente y lo abrazó y le alzó la mano. A decir verdad (pensaban algunos), Rafael boxeaba mejor, pero Pablote tenía una gran pegada. Y en el abrazo que Pablote y Rafael se dieron, un largo y fuerte apretón de hermanos, ambos transmitieron que seguían siendo muy amigos.

La pelea acabó entre los bramidos del público, con hurras por el campeón, pero también suscitó el solapado fastidio de José Antonio, cosa previsible. Sin moverse de su silla, José Antonio se cubría la cara con las manos. No era notorio que estuviese molesto, pero Pablote sabía que era así. Marcial también lo sabía.

—Creo que José Antonio quería verte besando la lona —le comentó su amigo lector. Definitivamente tenía toda la razón.

Después de recibir los honores de campeón e incontables felicitaciones, Pablote encontró el momento de acercarse a José Antonio para saludarlo, palmeándole el hombro. Desconcertado, y no sin cierta incomodidad, José Antonio todavía mantenía el gesto agrio —rumiaba que la vida le daría una oportunidad para desquitarse—, pero a esas alturas había aprendido algo de humildad y

disimuló bien; tuvo el tino de aceptar aquel gesto amistoso, al tiempo que componía una conciliadora sonrisa.

LA VERDAD

El muchacho tocó la puerta de su vecina de piso. Ella abrió y, con la puerta entreabierta, oyó lo que juzgaría una voz apremiante: «Señora, hágame un favor. ¿Puede decirme cuáles son sus horarios?», «¿Mis horarios?», «Sus horarios, sí. ¿A qué horas más o menos regresa a casa?», «¿Por qué?», «Porque no quiero coincidir más con usted», «¿Que no quiere qué?», «Me refiero a que no deseo encontrármela otra vez en el ascensor». Ella puso cara de extrañeza. «No le entiendo», «Llevo varias noches soñando con usted, señora», «¿Ah, sí?», «Sí. Desde hace dos meses», «¿Y qué pasa con eso?», «No quiero ofenderla, señora, pero usted siempre está desnuda en mis sueños y me pide que le bese las tetas». La señora lo miró, anonadada. «¿Es usted un grosero! ¡Me está faltando al respeto!», «Por favor, cálmese. Solo le estoy diciendo la verdad», «¿Me importa tres pepinos su verdad!», «A mí me enseñaron a honrar la verdad. Así me han educado», «¿Pues hicieron mal! No siempre hay que decir la verdad. Voy a quejarme con el administrador», «Como quiera. Pero no olvide hablarle de mis sueños. Él me dará la razón», «¿La razón? ¡Yo no soy responsable de sus sueños!», «Sí lo es, señora», «¿Por qué cree eso?», «Porque usted es hermosa. Y porque sus tetas son una bendición de los cielos. Por eso, todos los días pienso en ellas, y de ahí, llevado por la belleza de sus tetas, pienso en su boca, en sus muslos, en sus nalgas y en su vagina. No sabe cuánto disfruto. Para mí, señora, su vagina es a la vez un nido de musgo aterciopelado y una escobilla de alambre para rascar ollas. Usted me gusta, señora, ¿se ha dado cuenta?». Ella carraspeó y, tras meditar un instante, murmuró: «Regreso a eso de las ocho. Entre ocho y ocho media», «Gracias, señora. Trataré de olvidarla».

UNA ENTUSIASTA

Abrí el periódico y encontré en la página seis un suelto con el titular «Muere dama joven». El preámbulo de la nota precisaba: «Iba en su auto y murió mientras manejaba». Me extrañó el término «dama joven»; este, en el siglo XIX, designaba el rol de la heroína en la escena teatral. Hoy suena anticuado; nadie lo utiliza. Pero un anónimo periodista lo rescató para referir una noticia de la sección Locales.

Cristina Rojas era el nombre de la difunta. La policía se enteró de sus señas tan pronto revisó su bolso: hallaron el brevete y el DNI, junto a unos pañuelos kleenex, un kit de maquillaje y una tira de condones. Los detalles íntimos no figuraron en la noticia, desde luego, pero sí lo relativo al trabajo. Tras husmear en el asiento trasero, la policía le echó un vistazo a unos cartapacios con proformas y dedujo que la «desafortunada dama» se dedicaba al corretaje: el negocio de la compra y venta de bienes raíces.

Yo leí el suelto sin mayor interés. Luego, cuando recibí una llamada de Soledad, hablamos del tema y resultó que Cristina era excompañera de clase de Susy, una prima. Vale decir, no era una chiquilla; tenía cuarenta y seis años, que, en la opinión general, los llevaba con gracia, tal vez porque hacía mucho deporte. Y era, además, una mujer independiente y divorciadísima, a quien solía irle bien en los avatares de su vida sentimental.

Pronto averigüé más detalles de su desgracia. Cristina conducía su auto por una gran avenida de San Isidro y, al parecer, inició una maniobra lenta, orientada a estacionar a un lado de la calle. Quizá habría sentido un malestar, una desazón. Pero fue algo más serio: un infarto (ella volcó la cabeza y el pecho sobre el volante). La bocina sonó largo rato como una alarma, y por eso se detuvo un transeúnte que decidió abrir la portezuela del auto y ver qué pasaba. El transeúnte le rozó un hombro y notó que no reaccionaba y entonces descubrió un celular; lo primero que se le ocurrió fue remarcar la última llamada que registraba la pantallita. Contestó una amiga de Cristina, mi prima. A ella le informó que la dueña del teléfono había sufrido un desmayo, por lo que mi prima llamó a sus parientes y se organizaron para ir de inmediato en su auxilio, aunque por los atascos del tráfico llegaron tarde. Un policía constató que la mujer no respiraba y que su deceso no obedecía a un acto de violencia. Y, pasado algún tiempo, ante la circunstancia de que nadie entre los presentes la conociera, se optó por su traslado a la morgue, procedimiento habitual cuando alguien muere en la calle.

Mi prima recordó que últimamente Cristina se mostraba feliz porque tenía nuevo novio, y también porque a su hijo, a quien había criado ella sola (su exmarido ‘no era habido’ y no pasaba pensión), le estaba yendo fantástico en la universidad.

Oí, además, que el rasgo peculiar de la difunta era el entusiasmo. Sus amigas, y algunos deudos, comentaban sobre eso en el velorio. A decir verdad, compartían el entusiasmo. «¡Cristina vivía en estado de frenesí!», decían, entusiasmadas. Y fue entonces cuando llegó una corona de flores con una tarjeta donde alguien había escrito a mano: «¡Eras la más entusiasta de todas, Cristinita! Siempre estabas animada y de buen humor para lo que fuera... ¡Feliz primer día en el cielo! Tus amigas de siempre».

MANICOMIO

El periodismo abre muchas puertas y, a veces, nos convierte en testigos de hechos inesperados. Una vez fui de visita al manicomio. Me habían invitado a observar las pruebas de una nueva terapia de «aceptación y compromiso» en fase experimental. Esta consistía en que jugaran al fútbol dos grupos de internos: los esquizofrénicos contra los maníacos depresivos, todos vestidos de corto y calzando relucientes chimpunes.

El partido comenzó entre sonrisas y frases de aliento, y, al cabo de diez minutos, en los que unos y otros mostraron un reñido ritmo de idas y vueltas, pude ver ágiles gambetas y peligrosas aproximaciones al arco. Y en una de las últimas, tras un golpe de cabeza, estalló en la tribuna el grito de gol: los esquizofrénicos anotaron.

Sin embargo, para mi sorpresa, ocurrió algo insólito; surgieron diferencias en el equipo que abría el marcador. Unos celebraban el gol, y otros, indignados, culpaban a su alero derecho de haber incurrido en *offside*, falta por la cual pedían la anulación del tanto. Y hasta hubo gritos e incluso empujones. Pero, a la postre, el equipo esquizofrénico se reconcilió y aceptó su conquista a regañadientes.

A los maníacos depresivos, naturalmente, no les gustó la desavenencia de sus rivales.

—¿Estos compiten para ganar o perder? —se preguntaron, ofendidos.

Como no obtenían respuesta, mostraron gestos de enfado. Meter goles, en opinión de los depresivos, no era motivo de discordia, sino de contentamiento: su objetivo era ganar, pues así lo establecían las reglas de las competencias.

El partido se reanudó entonces por un rato más, aunque discurriendo sin motivación, con jugadores que parecían distraídos. Fue en esa apatía que, por un aparente descuido de la defensa esquizofrénica, se dio el empate. No fue gol de los depresivos; fue deliberadamente autogol de los esquizofrénicos: un disparo que instaló en la cancha un ánimo de tragedia griega. Pronto, varios de los jugadores depresivos pusieron caras largas y se tiraron al suelo y rompieron a llorar. Y eso fue todo.

Dos enfermeros acudieron para recoger a los caídos. Uno de ellos, que decidió fungir de árbitro, sopló con fuerza su silbato y validó el autogol esquizofrénico.

El otro enfermero gritó:

—¡Terminó el partido! ¡Empate uno a uno!

Luego se oyó el pitazo final y ambos equipos volvieron a sus camerinos.

POETA Y CONTRABANDISTA

Borrador. Primer intento de iniciar esta historia:

Se llamaba Mario, nombre de origen hebreo al que los primeros cristianos consideraban la variante masculina de María, que significa «la elegida» o «la amada por Dios». En Puerto Montt, ciudad marinera en la que nació y residió, Mario era un poeta completamente ignorado. «Tengo más fama de borracho que de poeta», se definía él con severidad. Cuando se hizo conocido, en todo caso, sería por otro motivo: lo atraparon manejando una camioneta cargada de salmón fresco en temporada de veda. Su fotografía, un retrato frontal con gesto de mala leche, apareció en todos los periódicos: «Poeta y contrabandista», rezaba la leyenda. Y, de hecho, obtuvo tanta cobertura porque, al ser llevado a juicio, rechazó su derecho a contar con un abogado y solicitó a cambio que le concedieran una alternativa jurídica a todas luces inusitada.

—Yo mismo me defenderé —dijo—. Pero lo haré en verso.

Cambiando su expresión adusta, el juez sonrió y preguntó:

—¿En verso rimado?

—Así es —contestó, solemne.

—¿Se defenderá con sonetos?

—No, señor juez. Lo mío son los diez versos octosílabos, las décimas.

El magistrado lo miró con curiosidad, luego volvió la mirada hacia el escaso público de la sala y, tras menear la cabeza, otorgó al acusado el derecho a la autodefensa, aunque pospuso la audiencia para el día siguiente, a las once de la mañana.

Ese día, varios periodistas lo esperaban en la puerta del juzgado. Como toda ciudad chica, los rumores habían echado a correr, al punto de que elevaron aquel extravagante litigio de ribetes líricos al nivel de gran espectáculo.

—¿Qué puede comentar sobre su situación? —lo asedió un reportero de *El Llanquihue*, el periódico más antiguo de Puerto Montt.

—¡Que atravieso un momento terrible! —dijo—. Y se los demostraré haciéndoles unas preguntas: ¿Alguno de ustedes me conocía de antes? ¿Alguien sabía que soy poeta?

Todos negaron con la cabeza.

—¡Ya lo ven! —exclamó Mario—. ¡Carezco de imagen pública! ¡Y para mayor deshonra, ahora que la tengo, me han hecho pasar directamente del anonimato al desprestigio!

La amplia sala del juzgado reventaba de gente. Mario ingresó despacio, se sentó en el banquillo de los acusados y, al oír el recuento de sus presuntos delitos, aprovechó la oportunidad para brillar con su destreza de versificador repentista. Las últimas palabras de sus interlocutores —juez, fiscal, policía, testigos— le servían de pie para rimar sus réplicas. Y sus argumentos fueron claros; primero, afirmó, los salmones que transportaba eran machos, por lo que no dañaba el ciclo de reproducción. Y segundo, él conducía un vehículo refrigerado, que mantiene los salmones frescos; ello respaldó su alegato de que el día de su detención la veda tenía tres días de vigencia. ¿Cómo podían probar que había pescado durante las fechas prohibidas?

Segundo intento:

Viajé a Puerto Montt invitado a un congreso de escritores. Nunca había ido por ahí. Y debido a una vieja canción que llevaba justamente por título «Puerto Montt», y que muchas personas se sabían de memoria, pensaba entonces que sería un lugar romántico: una pequeña ciudad del sur de Chile, embellecida con cipreses y ríos caudalosos. La canción, por lo demás, aludía a sentimientos pasionales, no a las bellezas de la geografía, y, acentuando el tono de lamento, evocaba un romance contrariado. Arrepentido, el letrista reconocía haber roto con su amada sin razón alguna y, en la segunda estrofa, se apresuraba a confesar que no podía olvidarla.

«Puerto Montt» —la canción, no la ciudad— fue el mayor hit de Los Iracundos, conjunto musical uruguayo surgido en los años sesenta. Aquellos muchachos solían cantarla a todo pulmón, al estilo eufórico de los italianos que triunfaban en el Festival de San Remo.

En un restaurante frente al mar, durante la inauguración del congreso de escritores, un narrador local me señaló a Mario, individuo robusto y con un traje bastante apretado. Se dedicaba a comer bocaditos y a pescar al vuelo copas de vino de las bandejas que pasaban.

—Te vi hablando con ese tipejo —comentó el narrador.

—Sí —repuse—. Se me acercó; me dijo que era poeta. ¿Lo conoces?

—Solo de verlo colarse en las fiestas culturales. No le des cuerda.

Más tarde observé que el tal Mario escondía dos botellas de vino detrás de la cortina de un ventanal, al lado de la puerta de calle.

Tercer intento:

Un nuevo grupo de poetas, según los surrealistas, es un club de futuros enemigos. Llega un momento en que quieren matarse. «Actúan como la mafia», opina Woody Allen. «Se matan entre ellos».

Mario no tenía enemigos. Sencillamente era un poeta menospreciado. ¿Por qué? Porque lo suyo era componer y recitar décimas. Estas eran sindicadas por los poetas reconocidos como una forma lírica menor y pasada de moda; y, por si fuera poco, decían que él ni siquiera se tomaba el trabajo de escribirlas: nomás improvisaba, como el poeta repentista que se jactaba de ser. A la usanza de los viejos payadores, Mario tenía ingenio y brillo para rimar, pero tampoco eso le celebraban. Decían que le daba vueltas a fórmulas mecánicas.

Cuando Mario se hizo conocido, cuando los medios se ocuparon de su existencia, fue porque lo atraparon manejando una camioneta llena de salmón fresco en temporada de veda. Su fotografía, un retrato tomado con la luz sombría de los tribunales, salió en casi todos los periódicos. «Poeta y contrabandista», rezaba la leyenda. Y, de hecho, obtuvo una insólita cobertura porque, al ser llevado a juicio, exigió hacer su defensa en versos rimados.

Digresiones sobre el contenido:

Lo difícil de narrar un cuento es decidir cómo empieza. Este es ahora mi problema: no me decido por ninguna de las opciones que barajo. (El otro problema está resuelto: conozco el final de la historia). También, claro está, me queda pendiente la parte central, el meollo de los acontecimientos; cada opción de inicio impulsa una forma distinta de desarrollo. Y en cuanto a las décimas, que el lector ya espera como una promesa, necesito citar algo, pero eso, a fin de cuentas, es cuestión de investigar a Mario. Vale decir, debo ceñirme a su espinela: octosílabos cuyas rimas consonantes se ordenan con el precepto clásico: abbaaccddc. Además, necesito interpolar dos o tres estrofas decidoras a lo largo de la historia. El secreto de la décima estriba en el tono coloquial, directo, de los que hay ejemplos desde el Siglo de Oro al siglo XXI.

Revisé esta clase de composiciones empezando con Calderón de la Barca y rematando con Violeta Parra y Nicomedes Santa Cruz. Por varios días, disfruté del ligero ingenio satírico que las caracteriza y, por supuesto, de su música pegajosa de fácil recordación. Y, de todas las décimas que leí —que fueron muchas, dado que es un género popular con miles de vates que la cultivan—, una, que sería inspiradora, quedó en mi corazón. Pertenece al glorioso Vicente Espinel, el inventor de la décima, cuyo paradigma canónico se designa como espinela. Afamado poeta y músico del siglo XVI —habría inventado, también, la quinta cuerda de la guitarra—, Espinel fue elogiado en su tiempo por Lope de Vega, Luis de Góngora y Miguel de Cervantes.

La décima que aquí consigno muestra al propio Espinel hablando de la trascendencia de su creación, y que por tal razón ya desdeña su autoría.

Aunque el poeta inventor / fuera Vicente Espinel / la décima ya no es de él / sino del pueblo cantor / Si la inventó un ruiseñor / o si la plantó un isleño / o si fue un margariteño / quien le dio la picardía / como no es tuya ni mía / nos tiene a todos por dueño.

Mario, el poeta secreto de Puerto Montt, bebió de esta tradición. En la sala del juzgado, adonde llegó peinado con gomina y embutido a duras penas en su traje de siempre, se defendió con veinte estrofas perfectamente rimadas. Y no solo abordó el caso de los salmones. También buscó ganarse el favor del gentío, poniéndose sentimental y cantándole a su amado terruño:

*Puerto Montt, puerto de lluvias / de escaleras y colinas / por tus mojadadas esquinas / ha caminado mi vida.***

Y después agregó:

*Es tan fugaz esta vida / se parece mucho al viento / existe solo un momento / que pasa y luego se olvida / Y si una huella querida / queremos dejar en flor / hay que olvidar el rencor / que seca todo lo hermoso / Es agua limpia de pozo / el sentimiento de amor.**

Una y otra vez, el público se conmovió y al final aplaudió de pie.

Desenlace rimado:

El juez se mantuvo impávido durante todo el recital. Luego anunció que daría su veredicto al cabo de dos días y a la misma hora, once de la mañana. Y aquella vez fue él quien concitó la atención del público y la prensa, no solo por declarar inocente a Mario, sino porque su esperado veredicto estuvo igualmente compuesto en rima, en tres sencillas cuartetas, de las que sus versos finales se harían memorables: *Por una oscura sospecha / de salmones mal habidos / Puerto Montt ha conocido / a un ilustre poeta.*

** Estos versos son de Mario Cárdenas, poeta popular de Puerto Montt. Durante mi estancia en esa ciudad, conocí fugazmente a Mario y compartimos un almuerzo nerudiano: pedimos caldillo de congrio.

NOCHE DE CARNAVAL

Cuando el 4 febrero de 1959 Alex cumplió once años, se imaginó que ese día y los siguientes del mes iban a ser de una alegría ininterrumpida. Vivía entonces en La Punta, balneario donde pasaba el verano. La madre de Alex, para celebrar su cumpleaños, había invitado a la casa a varios niños, «su pandilla de traviesos», a quienes dio una gran sorpresa: les proyectó dos cortos de Charlie Chaplin y, como la cereza que corona el pastel, otro más (pero de dibujos animados y en colores) del ratón Mickey. Contar con cine en casa era entonces todo un lujo. Pocas familias ofrecían ese tipo de agasajos. Y Alex, que estaba con el ánimo por las nubes, resplandecía de felicidad.

El mes de febrero, aparte de ser el más caliente del verano limeño, era para Alex el más divertido. No solo porque recibía regalos de cumpleaños —esa vez su padre le compró aletas, snorkel y máscara de buceo—, sino también por diversas actividades infantiles: los campeonatos de remo en el Cantolao, los juegos callejeros de carnavales y, sobre todo, las fiestas de disfraces del Club Unión.

Alex remaba todas las mañanas, empeñado en desarrollar un cuerpo musculoso como el de su hermano mayor. Y, a la hora de las fiestas, donde él y otros niños aprendían a bailar, sus padres le dejaban vestir el blanquinegro disfraz de dominó, antigualla del abuelo conservada en naftalina. En esos bailes, además, chicos y chicas jugaban con chisquetos de éter perfumados, con los que mutuamente se rociaban. Esto producía cosquillas o escalofríos, por lo que las chicas se envolvían el cuello con serpentinas. De lo que había que tener cuidado era de no rociarse las caras: el éter hacía que ardieran los ojos. Todos, por si acaso, usaban bonitos antifaces de protección.

Alex, hay que decirlo, era un niño dichoso.

El problema surgió la tarde en que Harry, un rubicundo veraneante recién mudado, quiso liderar a su pandilla. Harry, que tenía doce años, arribó por el malecón Pardo dispuesto a imponer su iniciativa: llevó tres largos pares de medias deportivas e instruyó a la pandilla sobre cómo «cargarlas de municiones». La carga provenía de dos envases de talco que también llevó. Y, tan pronto metió ese polvo blanco en el fondo de cada media, hizo unas bolas de talco del tamaño de un puño cerrado, que las retenía con nudos, de modo que estas quedaran firmemente atadas.

El talco alcanzó para las seis medias. Harry separó la suya y distribuyó las otras cinco al resto de chicos. Descontando a Alex, la pandilla la integraban César, Juanito, Nino y Gonzalo.

—¿Para qué sirve esto? —preguntó Nino, primo de Alex.

—Para jugar carnaval —sonrió Harry—. Así se divierten en mi barrio. ¡Y es muy gracioso, ya verán!

—No conozco este juego —dijo Alex—. ¿Tiene nombre?

—Matachola —contestó Harry.

—¿Lo jugamos ya? —se animó César.

—No, no. Tiene que oscurecer... Es que se juega de noche.

Alex se mostró inquieto.

—Mejor jugar ahora —dijo—. Con agua y de día, como siempre.

—¡Eso es aburrido! —rugió Harry.

—¿Y cómo se juega? —indagó Gonzalo.

—Mira —Harry cogió enseguida una media por la tira larga destinada a cubrir la pantorrilla y, tras agitarla en el aire como si fuera una honda incaica, se asestó la bola de talco en una mano.

Con el golpe, la mano de Harry se manchó por completo de blanco. Aquel polvo fino se filtraba por el tejido de la media.

—Matachola —murmuró Juanito—. ¿Por qué ese nombre?

—Porque jugaremos con las serruchas —rió Harry—. Pero tenemos que escondernos en los jardincitos de las casas. Y, cuando vayan a comprar a la bodega, les caemos encima.

Tres horas después, la pandilla dejó el malecón. Nadie, a excepción de Harry y César, se mostraba ansioso por empezar el juego. Como hacía una noche clara, Harry propuso emplazarse en la calle umbrosa de una antigua bodega situada cerca de la estación de bomberos. Desde ahí podían ver el movimiento de la clientela.

Al dar las ocho, los clientes más asiduos eran las empleadas domésticas. La pandilla vio pasar a una empleada mayor, que a nadie se le ocurrió importunar. La idea era «jugar» con las empleadas jovencitas, de las que había muchas por esos días. Tras diez minutos de espera, ocultos en un portal al lado de un jardín, avistaron a una chica de uniforme azul. Alex imaginó que tendría unos quince años. Era una chica con trenzas y grandes ojos oscuros que caminaba rápido, con aire distraído.

Harry alentó a la pandilla, pero de pronto Nino lo detuvo.

—¡No! —susurró, alterado—. Es Toña, trabaja en mi casa.

Todos los chicos oyeron que Harry resoplaba, fastidiado.

Pero unos minutos después apareció otra chica. También era jovencita, aunque vestía un uniforme a rayas. Imitando la voz de un oficial de infantería, Harry exhortó a quienes pudieran oírle.

—¡Prevenidos! —dijo—. ¡Y apunten!

De toda la pandilla, únicamente Harry y César se lanzaron al ataque. Golpearon a la chica en la cabeza y la espalda. En un instante, el pelo, la cara y el uniforme de la chica se mancharon con una fina capa de polvo blanco; las cejas e incluso las pestañas quedaron cubiertas de talco. La chica dio un grito, pero no lloró. No entendía qué le pasaba. Solo miraba a Alex y a los otros tres chicos que se quedaron quietos, mudos, mientras Harry y César reían a carcajadas. La chica no corrió. Y los seguía mirando.

Las risas cesaron cuando los demás se percataron de que, desde el pelo de la chica, sujeto con ganchitos, bajaban dos hilos de sangre por su rostro blanco.

—¡Mierda! —gritó Alex—. ¡La has herido! —y se volvió furibundo hacia Harry.

Este mostró un gesto de extrañeza.

—¡Qué raro! —dijo—. ¡El talco se habrá puesto duro!

Inmediatamente, Alex golpeó a Harry con su matachola. Le atinó con la bola de talco en la cabeza y lo pintó de blanco.

—¡Qué tienes huevón! —gimió Harry.

—¡Estoy probando si mi talco también está duro! —gritó Alex, y prosiguió dándole más golpes con su matachola.

Nino y Gonzalo, por su parte, hicieron lo mismo con César, que en cosa de segundos también quedó blanco como un fantasma, en tanto Juanito, que tenía solo nueve años, pedía socorro a gritos.

La trifulca a punta de matacholas, puñetes y patadas terminó en dos minutos, no bien un bombero de uniforme rojo intervino y restableció el orden. Ese bombero, asimismo, condujo a la chica a la posta médica del balneario, donde curaron su herida.

La pandilla de Alex se redujo a cuatro amigos. César, avergonzado, no se apareció más por el malecón Pardo, y Harry, ausente luego de esa noche, salió de viaje con su familia. Alguien dijo que se habían ido un mes a Disneylandia. Después, en lo que restó del verano y en las siguientes temporadas, no le verían otra vez la cara.

—¡César siempre fue un idiota! —arengó Alex a su pandilla—. ¡Pero el peor ha sido Harry! ¡Es un idiota mandón!... ¡Mejor seamos pocos, como ahora!

JAMÁS EN LA VIDA

En la imagen con marco de plata que está en el estante de mi dormitorio, la veo caminando por la plaza San Martín. Es una fotografía en blanco y negro, tomada a principios de los años cuarenta. ¿Quién la tomó? Algún fotógrafo ambulante, sin duda; había muchos de estos por las plazas de Lima. Pero la imagen, captada en movimiento, no está borrosa ni muestra la menor distorsión. Es una instantánea nítida, bien contrastada y de encuadre vertical, que registra el paso de una chica esbelta en sus dieciocho años. Una chica con zapatos de tacones y un holgado y liviano abrigo oscuro sobre un vestido claro, y cuyos accesorios —cartera pequeña, sombrero turbante, flor en la solapa del abrigo, collar de perlas— combinan a la perfección. En otras palabras, me encuentro ante una imagen que, en la segunda década del siglo XXI, resulta glamorosa, porque el estilo de moda en los cuarenta rebosaba elegancia, distinción. Esa chica fresca y distraída, y que yo ahora veo tan bonita, sería en pocos años mi madre.

Mamá murió relativamente joven. Falleció de un infarto causado por un electroshock que le aplicaron en un psiquiátrico, a los cincuenta años. Sobre esto escribí unas pocas líneas en una novela, dejando abierta la eventualidad de que el lector interprete el hecho como ficticio. No lo fue.

El drama de mamá empezó con su primera regla, con un súbito charco de sangre entre las piernas y un desorden químico. Se le declaró una diabetes y un cuadro de melancolía aguda.

—Manía depresiva —le diagnosticaron. La internaron tres meses y se recuperó.

Su primer psiquiatra fue Honorio Delgado, ilustre médico que se carteaba con Sigmund Freud; el segundo, Javier Mariátegui, discípulo favorito de Honorio, era hijo del pensador marxista José Carlos Mariátegui, fundador de Partido Socialista Peruano. Uno y otro consiguieron aliviar las crisis de mamá con las medicinas experimentales de la época, que no eran tan buenas como las de hoy. A veces, si las dosis eran altas, mamá se ponía frenéticamente alegre; correteaba por la casa, reía, tocaba al piano y era el alma de las fiestas. Otras, se comportaba de forma normal. Yo la recuerdo a menudo en ese estado: serena, cariñosa, comprensiva.

A mis seis años, en opinión de mis tías, fue una madre modelo. Me cuidaba y engreía como si fuera el niño máspreciado del planeta. Cada tres días ordenaba que me cambiaran el pijama, así como las sábanas y fundas de la cama; y, a la hora del aseo, ella misma me bañaba con agua tibia,

me peinaba y acicalaba, y tras acomodar los mullidos almohadones en la cabecera, que yo usaba como respaldar durante mis lecturas, me perfumaba con la refrescante colonia Drowa.

Terminada su tarea, profería gozosos comentarios:

—¡Qué guapo estás! ¡No solo eres inteligente, sino que también te ves como un niño muy guapo! ¡Pareces un marajá!

Mi mujer considera que mi fuerte autoestima nació ahí, en esos días. Que la gente podrá decir cualquier barbaridad sobre mis actos o mis obras y que permaneceré a buen resguardo, indemne.

Mamá, creo yo, me dedicaba más arrumacos que a mi hermano mayor. Se sentía culpable. Yo me enteré pronto de aquella culpa, a los doce años, una noche en la que, sin pedir permiso, fui a una de mis primeras fiestas con baile y copas, y regresé a la casa a las tres de la madrugada. Alterada por la preocupación de que me hubiera sucedido algo terrible, mamá se puso a chillar y mi abuelo no tuvo otra opción que sedarla. Entonces el abuelo, que estaba esperándome en la puerta de la casa, me recibió con un talante de energúmeno y dijo de golpe lo que todos me ocultaban.

—¡Tu madre está enferma! —alzó la voz, como rara vez lo hacía—. ¡Es una mujer muy nerviosa! ¡Ya es hora de que lo sepas!

«Muy nerviosa» significaba que rondaba la orilla de la locura. Había estado loca, en realidad. Fuera del breve internamiento en su adolescencia, la habían recluido por un año cuando yo tenía tres meses de nacido, debido a que una tarde, en que desperté llorando de la siesta, se acercó a la cuna y quiso ahorcarme. Sus manos apretaban mi cuello, y su dulce mirada —ella tenía unos diáfanos ojos verdes— mostraba un pozo de tinieblas. La abuela y una empleada de la casa la detuvieron. Ella, al darse cuenta de lo que había hecho, temía volver a enloquecer y, según su psiquiatra, pensaba que su segundo parto, el que me trajo al mundo, era la causa de su desequilibrio. También me enteré de que había intentado suicidarse. Se ató al cuello el cordón del hábito del Señor de los Milagros y se colgó de la ducha; por suerte, el grueso fierro de aquel baño antiguo se rompió. Todo esto me lo soltó el abuelo en menos de tres minutos. Y, refiriéndose a algunos de sus parientes, agregó que la verdadera culpa provenía de un problema hereditario, genético se diría ahora («nació linda pero dañada»), y que además, para agudizar su mala suerte, se enamoró de mi padre («un hombre irresponsable»), de quien estaba separada. El abuelo detestaba a mi padre y no le permitía ni siquiera visitarla.

Tantas revelaciones, en apariencia, no me afectaron. En apariencia. De cualquier modo, mi hermano mayor rugió contra el abuelo; decía que no tenía edad para estar al corriente de cosas tan tristes y menos de esa manera. Yo callaba, o los calmaba a todos.

Durmieron a mamá por un tiempo. Y tan pronto despertó, volvería a ser un ángel de dulzura. ¿Recordaba lo sucedido? Vagamente, dijo el psiquiatra. Pero algún impulso recóndito solía acercarla a mí, como si pidiera perdón o intentara protegerme.

Pocos meses después, enfermé yo: me dio asma. Me ahogaba, sentía que me faltaba aire y, por lo tanto, respiraba con broncos resuellos. La abuela recurrió a un remedio casero: tostadas con ajo, perejil y aceite de oliva; el médico aconsejó que no me agitara y que, de preferencia, guardara cama. Ante ello, el abuelo, sabiendo que era hiperactivo y que me podía aburrir, trajo libros nuevos: cuentos y novelas maravillosas, *Las mil y una noches*, *La isla del tesoro*, *Colmillo blanco* y otros clásicos.

Sin embargo, el asma no cedía. Y una noche, mientras miraba las estrellas por la ventana de mi cuarto, advertí que me ponía azul por falta de aire. Me levanté y quise abrir la ventana, pero no pude, pues algo endurecía el seguro, así que cogí una jarrita de agua y la arrojé contra el vidrio; este se destrozó y entró aire fresco. Y luego, alarmada por el estrépito, mi familia en pleno irrumpió por la puerta de mi cuarto.

Todos manifestaron su irritación, claro está, a excepción de mi madre, que me miraba y sonreía como si se tratara de una simple travesura. ¿Era una sonrisa sintomática? No me lo pareció. Por eso mismo, para mí, los esporádicos raptos de locura de mamá no han constituido graves heridas indelebles; solo una, en todo caso, me suscita una reminiscencia, aunque reconozco que algo de esta dejó huella.

La huella, para ser preciso, es un hábito inconsciente o un tic nervioso, que sería exagerado calificar de lesión psicológica. ¿Y cómo se produjo? Por otro suceso de rutina, esta vez nocturno. Hacia mis quince años, dormía a pierna suelta en mi cuarto, cuando repentinamente una pesadilla turbó mi descanso. Lancé dos gritos, al parecer desaforados, y, según me contó mamá, comencé a hablar dormido. Era la medianoche y tales gritos ella los oyó desde lejos. Mamá estaba en la cocina, pues se había despertado hambrienta y quería prepararse un sándwich. Corrió veloz a mi dormitorio para ver qué pasaba. Me encontró dormido y hablando en sueños, y entonces le dio curiosidad lo que yo decía. Cargó la silla de mi escritorio y, cuidando de no hacer ruido, la llevó hacia el borde de mi cama; acto seguido, quieta como una esfinge, se sentó a escucharme.

No entendió mucho. A su criterio, mi sueño trataba de una pelea, ¡una más!, y el discurso era confuso, pero fue en ese trance cuando desperté. El tiempo que le tomó a mis ojos adaptarse a la penumbra duró dos segundos; hacía una noche clara y las cortinas de la ventana estaban abiertas. Además, en esa época, no sé por qué, dormía siempre volteado hacia la pared. Y así las cosas, tan pronto juzgué que no estaba solo —presentí otra respiración en el cuarto—, di una rápida media vuelta en la cama. Verla y llevarme una sorpresa fueron la misma cosa. Mamá, con expresión ausente, se hallaba despeinada y en camisón, sentada con las rodillas juntas, pero lo que me resultó más inquietante fue verle las manos en su regazo: sostenían un filoso cuchillo.

Aquella era una visión estereotipada; las buenas películas de terror, desde *Psicosis* hasta *Carrie*, fueron imitadas por la televisión y eran parte sustancial de la vida cotidiana.

—Mamá —dije—. ¿Qué haces?

—Nada —contestó, sonriendo—. Quería oír lo que hablabas, pero se me hizo difícil. Solo oí claramente la palabra ‘perro’ y varias lisuras... Has tenido una pesadilla, con gritos y todo...

—¿Una pesadilla? —no me acordaba de nada—. ¿Y ese cuchillo?

—Ah, bueno... estaba cortando pan para prepararme un sándwich cuando empezaste a gritar. ¡Qué raro que lo haya traído!...

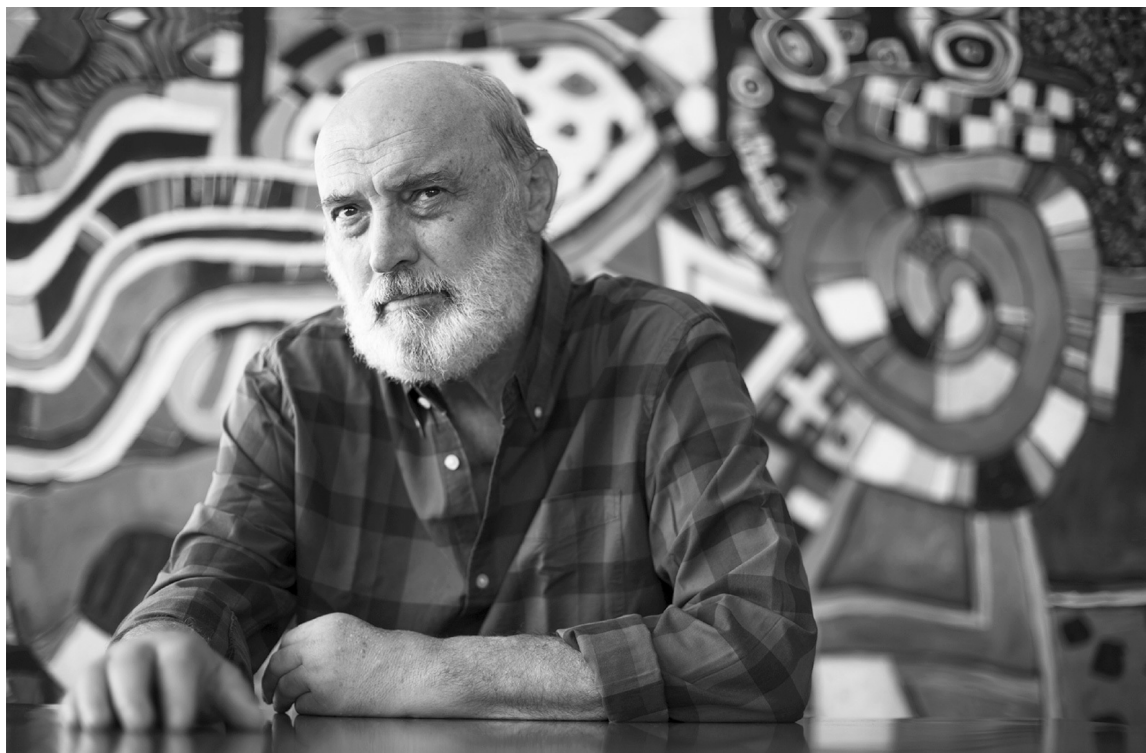
No hablamos más. Ella volvió enseguida a la cocina y, diez minutos más tarde, mamá y yo, cada uno en su cuarto, procuramos conciliar otra vez el sueño. Pero yo, de hecho, ya era una persona diferente. Por decir lo menos, mi modo de dormir experimentó un cambio. Jamás en la vida, a partir de esa noche, he vuelto a dormir mirando a la pared. Jamás en la vida. Dormí esa noche, y dormiría en adelante, de cara a la puerta del cuarto. Hasta hoy no puedo dormir si no vigilo la puerta.

ÍNDICE

Nota preliminar
Eclipse sin fin
Dos hermanas en bikini
La apuesta
Una mujer fatal
Un bar de moda
Saltos mortales
Maniobra subversiva
Un joven marciano
La rabia intacta
La verdad
Una entusiasta
Manicomio
Poeta y contrabandista
Noche de carnaval
Jamás en la vida

Encuéntranos en:





Fotografía: Tatiana Gamarra

Historias breves de experiencias perturbadoras —quince historias, para ser precisos; unas son de corte realista, otras (pocas), de impronta fantástica— que se proponen indagar en el misterio de la existencia. De esto va *Jamás en la vida*, la nueva colección de cuentos de Fernando Ampuero. Libro irónico, ambiguo, evocativo, donde los personajes traen a su paso un aire liviano pero cargado de significados. Como muchos libros del autor, *Jamás en la vida* recrea con prosa tersa y sencilla los gozos y penurias del encandilado asombro de estar vivos.

«Fernando Ampuero escribe con gusto y con bravura. No hay tema menor para la felicidad de su estilo, ni tema mayor que no enfrente con valor. La suya es una dicción contemporánea, situada en la cotidianidad vivaz, en el habla compartida. Su prosa fluye forjada y nítida, con esa levedad que Calvino reclamaba, en su elogio de lo leve, para el estilo más sabio, aquel capaz de aliviarnos del sopor de un mundo cada vez más estólido, a nombre de un lector cada vez más libre».

Julio Ortega.

AE
&I

Autores Españoles e Iberoamericanos



ISBN: 978-612-4431-30-2



9 786124 431302